

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

1º DE SETIEMBRE DE 1893

Nº 41

## PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4  
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

## EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.  
EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA  
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

## EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO  
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE O NO

## SUMARIO

TEXTO.—Manuel E. Echezuría.—El manto de Iris, por el Doctor R. Villavicencio.—Cunas, por el Doctor Rafael del Valle.—Neurologías.—El Pbro. Doctor Miguel A. Espinosa.—Canto triunfal, por J. A. Calcaño.—Ferrocarril y Puerto de Guanta.—Crepúsculo, poema de Luis Churión.—Crónicas Yankées, por R. B.—Mármol y carne y en París, poesías de Ismael Enrique Arciniegas.—Carta, de D. Julio Calcaño.—NUESTROS GRA-

BADOS.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—El Pescador de Islandia.

GRABADOS.—Manuel E. Echezuría.—Pbro. Doctor Miguel A. Espinosa, de fotografía.—Ferrocarril y Puerto de Guanta: Ensenada de Guanta, Aduana y Muelle, Aduana, Boca Mina número 1, Boca Mina número 2, Boca Mina número 3, Puente de la Angostura, Puente de la Peña y Cerridor de Car-

bón, de fotografías.—La electricidad, cuadro por Kandler.—En el bosque antes del baño, dibujo de Kaubach.—Exposición de Chicago: Edificio del Gobierno, Departamento de Minas y Mineralogía, Edificio del Estado Massachusetts, Edificio de la Administración, Departamento de Horticultura, Edificio de Transportes, Edificio de Manufacturas, Convento de la Rábida y Grupos en el Edificio de la Agricultura, de fotografías.—Colección de antiguos tipos populares de Caracas,

El 16 de agosto tué el aniversario de la muerte del señor MANUEL E. ECHEZURÍA, fundador de la empresa "El Cojo", acaecida en Curazao el año de 1884.

Progresista como pocos, trabajador incansable, de relevantes virtudes privadas, y buen ciudadano, hubo de merecer del Gobierno del Zulia honra altísima para discernida á un particular, cual es la que se contiene en la siguiente resolución:

Gobierno Político de la Sección Zulia.—Maracaibo, agosto 18 de 1884.—21 y 26.

### Resuelto:

En conocimiento el Gobierno del Zulia de la infausta muerte del respetable ciudadano MANUEL E. ECHEZURÍA, acaecida súbitamente en la vecina antilla de Curazao, el 16 de los corrientes; y atento el ciudadano Gobernador á los servicios importantes prestados por aquél á la Patria, y especialmente en favor del progreso del Zulia, estableciendo empresas que han propendido al mayor desarrollo de las nacientes industrias de la Sección, ha dispuesto: significar su más sentido pésame á la honorable familia del ciudadano MANUEL E. ECHEZURÍA á nombre del Gobierno del Zulia, y remitir autógrafa la presente resolución á sus deudos, como testimonio de condolencia.

Cúmplase y publíquese.

Dios y Federación.

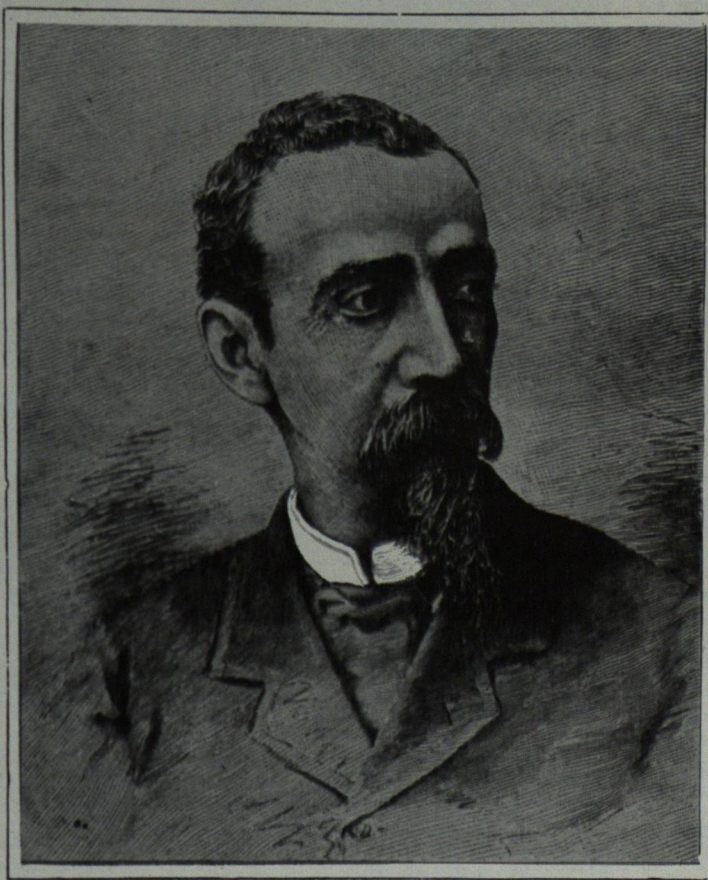
Alejandro Andrade.

EL COJO ILUSTRADO siempre atento á dar á conocer los nombres y personas de aquellos que por algún motivo se hayan distinguido en el camino de la virtud, del bien y del progreso, cumple hoy con mayor placer este propósito al dar á la estampa el retrato del señor MANUEL E. ECHEZURÍA.

Bello ejemplo digno de imitación dejó este hombre con toda su vida de laboriosidad y beneficencia; y bien podría decirse que no muere quien deja como él en el corazón de sus amigos vivo el recuerdo de las prendas poco comunes que le adornaron.

"Los hombres como ECHEZURÍA, exclamaba sentidamente uno de sus panegiristas, no tienen patria especial, su patria se extiende á todos los lugares que pisan."

¡Cuán pocos serán aquellos de quienes pueda decirse otro tanto!



MANUEL E. ECHEZURIA

## EL MANTO DE IRIS

Á MARÍA É ISABEL (I)

I

Siete hermanos gemelos parten íntimamente unidos desde su nacimiento en el sol; cruzan la inmensidad con vertiginosa rapidez; y vienen á engendrar sobre la tierra la vida y la belleza. Estos siete hermanos poseen cualidades eminentes y una poderosísima energía que se manifiestan en los multiplicados colores, y son causa de las infinitas formas de la vida. Mientras caminan unidos, el mayor número de sus facultades permanecen ocultas, y ellos se hacen notar solamente por su deslumbrante brillo y su perfecta blancura, símbolo de la más pura inocencia.

Mas si se interpone en su carrera el velo de gasa formado por las diminutas esferas de agua

(1) Hermanas gemelas.

que constituyen la llovizna, ó bien un prisma trasparente de cristal, que tienen la virtud de separarlos sin retener ninguno de ellos, entonces los siete hermanos hacen ostentación de su belleza soberana. Es Iris, la hija de Thaumás y de Electra, que suelta al aire su manto de espléndidos colores. Es la virgen de pies ágiles y alas de oro que vuela como el viento ó el soplo de la tempestad y va desde el Olimpo al monte Ida, ó desde el Olimpo al mar como mensajera de los dioses. Es el magnífico puente echado entre el cielo y la tierra, que tocando por sus extremidades el horizonte terrestre y ascendiendo hacia la bóveda por su parte media, parece comunicar la mansión del hombre con la morada de los inmortales. Es, en fin, el signo de la alianza verificada entre Dios y los hombres después del diluvio.

Si los hermanos son detenidos en su viaje por seres que á más de separarlos, retienen y se asimilan uno ó varios de ellos, entonces presentan en toda su fuerza y lozanía su incomparable poder y sus insignes cualidades. Ya construyen en el cielo verdaderos palacios encantados donde moran sílfides y hadas: ya siembran por doquiera y á torrentes la belleza incarnándola en el destello y colores del diamante, del zafiro, del rubí y de la esmeralda; en los variados y vívidos matices de las flores; en el suntuoso plumaje de las aves: ya en-

gendran en la superficie de la tierra la vida vegetal, y hacen brotar desde el humilde musgo que se arrastra por el suelo, hasta los gigantes árboles que levantan sus orgullosas cimas cual si pretendieran escalar el cielo; desde la tímida sensitiva que se pliega al menor contacto extraño, hasta las elegantes palmeras que elevan su magnífico tallo en medio del desierto: desde la casta violeta que oculta sus encantos debajo de las hojas hasta la majestuosa azucena y la espléndida rosa, delicias del vergel. Todas las plantas son, en la acepción rigurosa de la palabra, hijas del aire y de la luz.

II

Dos hermanas gemelas, bellas cual las hurfes que Mahoma promete en el paraíso á sus elegidos, ó mejor, cual los querubines que cantan la gloria del Eterno, han comenzado su carrera terrenal y marchan ligadas desde su nacimiento. Si se las ve unidas bajo la sombra protectora del hogar paterno, creería uno estar contem-



plando la personificación de la castidad y de la inocencia. Si el bullicio del mundo y las exigencias de la sociedad las separan, pero dejándoles su independencia personal, se encuentran ricas de hermosura, de amabilidad y de miles encantos exquisitos que hacen su trato tan ameno. Cuando su separación sea, empero, motivada porque algún feliz mortal logre identificarse con una de ellas en sentimientos, cuando pasen á ser los ángeles tutelares de otro hogar, entonces lucirán en todo su esplendor sus eminentes dotes, y comunicarán calor, luz, vida y belleza á cuantos tengan la fortuna de estar á su alrededor.

Yo de mí sé decir, que envidio hasta el último animalito de la casa.

R. VILLAVICENCIO.

## CUNAS

Rendirse á la seducción, al atractivo, sin abdicar de la propia personalidad, antes bien satisfaciendo con ello necesidades anímicas y corpóreas, suele ser, por regla general, la forma común del amor, ya sea que brote entre los yambos esculturales de Petrarca, ya que se frustre al nacer, como tronchado capullo, en los idilios de Saint Pierre.

Luz que parte buscando un objetivo susceptible de abrasarse y reflejar á la vez con intensidad análoga destellos semejantes; vibración que surge para fundirse y acrecerse en el seno de un éter soñado, con la cooperación de otras nuevas engendradoras de armonía; sentimiento que se expande ávido de la compensación ambicionada, tal es el amor, ráfaga enloquecedora que impulsa á los seres envolviéndolos en aspiraciones y anhelos, en ensueños y delirios hacia los términos del inconseguible ideal.

Pero allá en el fondo, aunque velado por el exceso de encantadoras refulgencias, sombra de egoísmo deja entrever sus contornos.

Y es que, durante la etapa del amor, prolegómeno de la vida de las especies, no puede aún desaparecer el individuo; su existencia es indispensable; su conservación se impone como una necesidad de su propio destino.

Cumplido el objeto, resuelto el problema, asegurada la posteridad, exáltase el sentimiento bajo forma y tendencia diferente; el egoísmo va perdiendo sus anteriores caracteres para convertirse en abnegación decidida y el sentimiento de la maternidad brota imperioso, activo, incontrastable para asegurar á todo trance la vida de la especie.

Lo mismo en los cerebros iluminados por la idea, que en los ganglios envueltos en las penumbras del instinto, el presentimiento del huésped nuevo, del nuevo ser, induce á la confección de la cuna que habrá de recibirle.

Sobre el torneado brazo, próximo al seno turgente de donde mana el néctar previsor que habrá de nutrirlo, bañado por la mirada cariñosa que vigila su sueño y se embebe en el deleite sublime de su ternura, bien reposa en todo instante el delicado cuerpo del niño que nace desposeído en absoluto de elementos de vida de relación y confiado solamente á la merced de una caricia y al amparo de un afecto!

La civilización y la cultura transforman las costumbres y modifican con nuevos hábitos los actos naturales, y de ahí procede la sustitución del regazo materno, verdadera cuna primitiva, por el pequeño lecho circundado de blondas y de gasas que la previsión materna empieza á preparar con cariñoso esmero cuando conoce que se acerca la hora terrible cuyas dolorosas angustias cambia de repente en inefable fruición el primer vagido del recién llegado, como cambia en apacible paisaje el iris en el cielo el fragoroso tumulto de la tempestad que termina.

Mas si el hombre es susceptible de modificar á su antojo algunas leyes naturales y aún de transgredirlas y desconocerlas, las demás razas Zoológicas, desposeídas de las facultades de aquel, obedecen ciegamente á la tradición y á la necesidad y repiten en una generación los mis-

mos procedimientos de las que las han precedido.

¿Pero á qué modificarlas si ellos les aseguran ampliamente el ciclo de sus destinos?

Por lo mismo que sus facultades rudimentarias les impiden apartarse de la norma providencial que los impulsa, cifíense á ella de modo inquebrantable.

¿Quién no ha contemplado alguna vez, pendientes de una rama, balanceadas por el viento, esas cunas aéreas, discretamente tegidas de recios filamentos, mullidas en su interior de sedas y algodones que preparan las aves para albergar su descendencia y sustraerla á las asechanzas de fieras y reptiles?

Pero no es indiferente la elección del sitio y la forma de la cuna: cada ave la armoniza, la adapta inevitablemente á las tradicionales costumbres de su raza.

Tallada en el granito, sobre el agrio picacho de difícil acceso, como esos castillos que refieren todavía en la página de sus ruinas el antiguo predominio de la casta y del feudal señorío, aparece la del águila, dominando los territorios y colocada en condiciones de librarse de la voracidad del carnívoro, en tanto que desde ella se vislumbran, como desde invencible atalaya, las sinuosidades del contorno. La fuerza y el poderío suplen á la astucia que los débiles necesitan, y cuando el ave madre, suspendida en el viento, rozando con el ala vigorosa la orla dorada con que cerca la luz á la nube en las alturas, distingue con su retina prepotente al ofidiano que acecha el albergue de su prole, precipítase sobre él con el doble impulso de la voracidad y de la maternal ternura y convierte al amenazante intruso en succulento manjar de sus festines familiares.

Poco seguras, tal vez, de la propia fuerza, ó bien atraídas por inevitable afición al arte arquitectónico y demasiado confiadas en la humana cultura, vienen las golondrinas, en las primeras ráfagas primaverales, á buscar albergue lejos de los peligros del granizo y de la escarcha. Deshechos del bosque recorren con vuelo rápido y desigual los caseríos, y movidas por aristocrática tendencia eligen para cuna de sus hijos la dorada voluta, el lujoso rosetón del templo gótico, el mármoleo pliegue de la clámide en que se transparentan las formas de la diosa, arrancada á la piedra por el divino genio del artista. Su amor maternal considera indigno el tosco mueblaje que las selvas le brindan y que pudiera proporcionarle su trabajo mismo y quiere que su descendencia ostente el blasón de haber crecido en cunas forjadas por la humana inteligencia.

Menos expertas otras de su especie quieren corregir el artefacto para adaptarlo más á las necesidades ó á la comodidad de la futura prole, y fabrican sobre él cuidadosamente con extrañas aleaciones el codiciado nido. ¡Temeridad peligrosa; la humana glotonería, perversidora del gusto, no perdona entonces la osadía de ese exceso de maternal cuidado, y devora sin piedad los nuevos almohadones de la cuna!

Nota al parecer discordante en esa dulce melodía del maternal deber es la sabida costumbre del cucullo que recuerda esas mujeres desnaturalizadas por la vanidad y los placeres que entregan sus hijos al azar de la suerte ó al equivoco cuidado de manos mercenarias, como si de la santa abnegación de la maternidad no surgieran siempre incomparables y sublimes delicias.

Pero será de cierto un contrasentido ó una previsión más bien la inexplicada conducta del cucullo? Aristóteles le espía y divulga, acusándole, el secreto de su impiedad: Tenner le observa y acude á su defensa justificando sus hábitos y atribuyéndolos á la previsión y al afecto. Madre desnaturalizada, le llama el primero, al verla buscando solícita el ageno nido para depositar en él el huevecillo y abandonarlo al sostén de otra madre desconocida, mientras ella emigra á otros climas sin preocuparse de la suerte de los hijos que nunca habrá de conocer! Madre abnegada, le dice el segundo; madre que segura de que su estadía en los climas aptos para conservar la vida de su prole habrá de ser corta; de que no le dejará tiempo de tejer la cuna, empollar los huevos, cuidar de los polluelos hasta que ten-

gan fuerzas para acompañarla en su inevitable emigración, hace el sacrificio de su afecto, acepta el epíteto de cruel y se decide á confiarla á los cuidados prolijos de las aves aclimatadas, antes que exponerla á los suyos que de antemano reconoce débiles é inútiles!

Tal vez el descubridor de la vacuna se acerque á la verdad y el aparente crimen del ave viajera tenga por base el cumplimiento de un deber estricto.

Sea como fuere, vicio ó virtud, compénsalo la abutarda con el ansia inagotable que la acucia de brindar su cuna á los que juzga desamparados ó desatendidos. Su solicitud rebosante puede atender á los propios y á los ajenos, y no se halla satisfecha hasta que ve repleto su hospedaje por seres débiles que se esfuerzan en sustentar, como esas almas bondadosas y caritativas que compensan el sacrificio que se imponen con el bien que á los demás proporcionan.

No porque en la escala Zoológica se descienda interrúmpense los vínculos entre el ser que preexiste y su futura prole. A la atracción sexual prosigue siempre como necesidad parentonaria la elección de la cuna. ¿Que otra cosa es el panal que las abejas construyen? ¿En dónde puede imaginarse solicitud más previsora? Lechos de blanda cera cuidadosamente esculpidos, dorada miel traída gota á gota de los cálices perfumados de las flores para que no escaseen las provisiones; labor asidua, vigilancia infatigable, zumbidos que aturden y agujones que envenenan dispuestos á defender á todo trance, á costa de la vida, las entradas, tal es en resumen la obra que el hombre usurpa para fines diversos del destino que la ha inspirado.

Mas avisados por decirlo así, otros himenópteros, no salpican de miel ni saturan de esencias el albergue del recién nacido, para librarlo de la golosina y de la codicia. Búscanla unos en las sustancias orgánicas en próxima descomposición, prefieren otros las aguas del pantano, eligen muchos la piel de los animales que perforan para dejar bajo ella sus huevecillos, pero hacen todas su elección buscando el sitio apropiado en donde al surgir su descendencia de larvas encuentre de sobra elementos de nutrición y desarrollo.

No todos los seres están constituidos como los cuadrúpedos marsupiales que llevan adherida al vientre y formada por providencial repliegue la cuna en que ocultan á los hijos á la más leve señal de un daño próximo; pero cuando faltan órganos para cuidarlos de un modo directo suplénlos admirables instintos por cuyo medio las madres previsoras eligen el sitio, la calidad de las sustancias y hasta la hora propicia para la conservación de sus larvas.

Un himenóptero porta-aguijón de la familia de las avispas sabía, antes que Bernardo de Palissy, el arte del alfarero, como sabían ya sus congéneres el secreto de la fabricación del papel con que forman sus nidos cuando Homero tenía que valerse de toscas hojas y deleznales cortezas para salvar del olvido sus divinos pentámetros.

Quién enseñó á aquella la industria de que posteriormente se enorgullecieron los amurallados hijos de Confucio y con la cual hace prodigios la moderna Sévres?

Sin duda el anhelo de asegurar la vida de la especie!

Sobre cualquiera rama, con preferencia en el ángulo entrante de un edificio, construye el insecto una pequeña celda; una vez fabricada vuela en persecución de una mosca, de una araña; vencida la presa, la conduce á la celda en donde deposita también un huevecillo, y empareda cuidadosamente ambas cosas. La larva, al nacer, encuentra en su clausura provisión bastante para nutrirse y poder salir al exterior en condiciones de vida independiente.

Así, donde quiera que la atención se fija para inquirir las evoluciones de los seres y de las cosas, la naturaleza responde mostrando una belleza que sorprende, una costumbre que admira, pero siempre una consecuencia inquebrantable de sus eternos principios.

Seres alados cerniéndose en los aires y bañándose en los cambiantes de la luz que vibra en



los espacios; sumergidos bajeles cruzando entre los cristales de las ondas el líquido elemento; desheredados del ala y del remo arrastrándose al seno de la tierra por laberínticas sinuosidades, cumplen todos ellos la suprema ley de la fusión en la especie, y al sentir el augurio íntimo de la maternidad futura, el instinto de la conservación se desdobra exaltándose para concretar su parte más enérgica á la vigilancia de las cunas en cuyo torno brilla como una aureola sublime en derredor de un santuario.

RAFAEL DEL VALLE.

Varias y muy notables, por desgracia, son las muertes que tiene que lamentar EL COJO ILUSTRADO en este número. Parece como si la desgracia se cebara con mayor saña en aquellas personas cuya desaparición no es tan sólo motivo de pena para sus familias sino que por sus méritos y virtudes dejan en nuestra sociedad vacíos difíciles de llenar.

EULOGIA DE LUTOWSKY

Fué la señora de Lutowsky matrona de nobles prendas entre las cuales resaltaba la muy bella de la *caridad*. Una vida, y no corta por cierto, consagrada toda ella al amor de su familia y al alivio de las penas del prójimo, fué mérito más que suficiente para atraerle en vida el respeto de todos sus amigos y para que ya muerta goce de la veneración á que son acreedoras las personas de tan relevantes virtudes.

A nuestro amigo el General Augusto Lutowsky damos especialmente el más sentido pésame.

CONCEPCIÓN DE JIMÉNEZ

Madre de respetable familia la señora de Jiménez, por sus virtudes privadas, había llegado á ser en nuestra sociedad una de sus más preciadas joyas.

Con la satisfacción de quien ha cumplido bien la misión que le fuera confiada en este mundo, y con el dulce consuelo de que gozan aquellos que han conservado desde la niñez las halagadoras creencias de una vida mejor y la fe inquebrantable en los demás dogmas de la religión católica; rodeada de todos sus hijos y apreciada de amigos y de extraños, la señora de Jiménez pagó su tributo á la muerte el día 23 del corriente, después de penosa enfermedad.

Para dolores de este género ninguna reflexión puede servir de consuelo, si bien no dejamos de experimentar satisfacción—satisfacción amarga, pero satisfacción al fin—al vernos bien acompañados en estas dolorosas circunstancias de la vida y apreciados como se lo merecían las virtudes de los seres queridos que han dejado de existir.

A los deudos de la distinguida matrona damos nuestro más sentido pésame, y muy principalmente á nuestro querido amigo señor Henrique Jiménez.

MATILDE CONDE DE ALIAGA

Envejecida en las arduas al par que dignas labores de la educación, la señora Matilde Conde de Aliaga falleció en esta ciudad el día 21 del corriente.

Ejemplo digno de imitar deja esta respetable señora que junto con sus hermanas consagró no pequeña parte de su vida á sembrar el fruto intelectual. Y como no hay esfuerzo que al fin deje de ser coronado, la señora Conde de Aliaga tuvo repetidas veces en su vida la gran satisfacción de apreciar los resultados de sus nobles afanes y así vió maduro el fruto por ella sembrado.

Muchas son las damas de que se enorgullece hoy nuestra sociedad cuya educación se debe á esta señora y á sus dignas hermanas.

Presentamos en especial nuestro pésame á nuestros amigos los señores Fabricio y Emilio Conde.

GENERAL FELIPE ESTEVES

Militar honrado y de ciencia, desempeñó repetidas veces y en muy difíciles circunstancias la cartera de Guerra y Marina y ello con aplauso general.

Padre de una familia honorable y numerosa, deja sumidos en la más profunda tristeza á sus cariñosos hijos y á su gran número de amigos.

La patria pierde con su muerte un buen ciudadano y la sociedad caraqueña uno de sus más distinguidos miembros.

Nuestro pésame á todos los suyos.

## EL Pbro. DOCTOR MIGUEL A. ESPINOSA

Son ya muy conocidos del público los rasgos biográficos del Doctor Miguel A. Espinosa, cuyo retrato aparece en el presente número, y por esta razón sólo nos limitamos en estas líneas á rendir un homenaje de justicia y veneración á su memoria.

Su vida fué corta en relación á cuanto nuestra sociedad necesita obtener de lumbreras como esta, que ha desaparecido para nosotros en-



tre los misterios eternos; pero no por eso dejó de ser fecunda en enseñanzas trascendentales.

Abandonó los mezquinos intereses de la política precisamente en los momentos en que su vasta inteligencia y su personal ascendiente le alcanzaban las primeras coronas de gloria de una brillante carrera, y atraído por la inmortal elocuencia del Divino Predicador de la Judea, comprendió las grandezas de la abnegación, los tesoros del desprendimiento y la felicidad que consiguen para el hombre la austeridad de la virtud, las vigilias del estudio, el ejercicio del bien y el vuelo espiritual de la oración. Dió al egoísmo ejemplo de sacrificio, de desinterés á la codicia, de contracción á la negligencia, y de fe profunda y activa á las conciencias que desmayan y á las convicciones que se desvanecen.

La misión del sacerdocio católico es casi el heroísmo. Espinosa la llenó bien. ¡Descanse en paz!

## EN LOOR DE ZORRILLA

El bellísimo poema que hoy publicamos, fué escrito por nuestro laureado poeta el señor Don José A. Calcaño, á poco de haber acaecido la muerte del cantor de GRANADA, y remitido por el autor á uno de sus colegas de la Real Academia Española, para que fuese publicado en la Coronada Villa.

Concedores nosotros de la referida obra, que no vacilamos en calificar de maestra, la hemos obtenido para darla á la estampa, no sin haber luchado con la excesiva modestia del autor, ó con alguna otra razón que él se sabrá.

Bastaría la firma del autor para recomendar la producción; pero no nos parece esté demás decir: que al cantar á Zorrilla,

Calcaño nos ha hecho admirar hasta qué punto pueden identificarse y confundirse en la concepción de la idea y en la forma, dos poetas.

Calcaño, cantado á Zorrilla, nos trae á la memoria al divino Lamartine continuando el poema de *Child Harold*.

Así como el autor de Graziela cantó, igualándolo, al creador de Harold, el poeta de *Las primeras flores* y de la oda *Al Concilio Vaticano*, ha despertado del sueño de la muerte al cantor del Cid, y regalándonos con una poesía que le revive, por la entonación, la dicción y hasta el metro.

Publicámoslo para América, en nombre de la cual habla el autor. Bien puesta deja el poeta venezolano la generosidad americana, al prescindir de cualquiera consecuencia en que haya podido caer el hombre, especialmente respecto de nuestros hermanos de México, para ver sólo la grandeza del poeta y la influencia de su fecundo estro.

## CANTO TRIUNFAL

### HOMENAJE A ZORRILLA

FOR DON JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

El Genio de los Andes á coronar tu frente  
Consagra el de sus zonas más vivido laurel:  
El diga á las edades tu gloria eternamente,  
Y eternamente viva su admiración en él.

Deidades de los montes, nereidas de los mares,  
Ya acuden presurosas á tributarte honor;  
Se encorvan y entretejen las selvas seculares,  
Cual arco de victoria que aguarda al vencedor.

Ya el Ande abrió su templo, ya ornada está la senda,  
Ya lista la corona te aguarda en el altar;  
A oír propicio el vitor y recibir la ofrenda,  
Te mire del Olimpo la América bajar.

El Genio americano, como tu frente ahora,  
Citó la frente un día del inmortal ligur:  
El trajo á sus comarcas la enseña redentora,  
Tú fuiste de sus lirás el numen y el augur.

Errátiles sus musas, cual rústicas vestales,  
Pendiente de sus manos el arpa sin rumor,  
Cruzan las silenciosas las selvas tropicales,  
Un rayo sí en la frente de olímpico fulgor.

Cantar ninguno el viento de allende el mar traía  
Que hiciese sus raudales de inspiración brotar,  
Y el ritmo aprisionado su pecho combatía,  
Cual ignea lava armónica ansiosa de estallar.

Porque al calor nacidas de la candente zona,  
De sus gigantes ríos al eco atronador,  
En cumbres que hasta el cielo levantan la corona  
Que ignívoros volcanes les cifren en redor;

Por panorama, en torno, cuanto hizo Dios de grande,  
Por numen el destello de su alma luminar,  
Por forma la grandeza que impone altivo el Ande,  
Por ritmo las cadencias de su sonante mar;

Arpejos y armonías de lira soberana,  
De alambres acordados del cielo en la región,  
Tan sólo hacer pudieran á el alma americana  
Romper en altos himnos de ingente admiración.

Cantaste; y los acordes de sus alambres de oro  
Llenaron sus montañas, sus pampas y ancho mar;  
Y mar y pampa y montes oyéronlas en coro  
Por árbitro del canto tu numen aclamar.

Cual baja el fuego intenso del igneo Can, y enciende  
La sierra, el valle, el éter, la bóveda turquí,  
Tal viva del Olimpo la llama á ti descendiendo,  
Tal arde y centellea la inspiración en tí.

Y rimas, versos, cantos, fecundo al viento arrojas  
En suelta, fácil, libre, pomposa profusión,  
Cual dan las selvas plantas, cual dan las plantas hojas,  
Cual suelta sus corrientes sonante el Marañón.

Tú tienes á tu arbitrio los tonos y cantares  
Del indico sinsonte y el pérsico bulbul,  
Son tuyos los tesoros de montes y de mares,  
Las joyas que chispean en el espacio azul.

Dar puedes á tu musa la de perenne llama  
Diadema de triones de la boreal región;  
Y tónica á vestirla de esplendorosa lama,  
Los hilos de oro tejes de Andrómeda y Proción.



Cual ciclope, á tus héroes ardiente rayo fraguas,  
De él armas al hispano pujante guerrador;  
Envuelves en celajes las hijas de las aguas,  
Y del crespón del iris les formas cenidor.

Siberia acumulando los záfiro que cria,  
Golconda sus diamantes, la Persia su tisú,  
No igualan tu opulenta fecunda fantasía:  
Si libros hay de perlas, los compusiste tú.

Y noble y generoso cual digno castellano,  
Tesoros y primores para tu patria son;  
La fúlgida diadema que le cinó tu mano,  
Si lustre da á su gloria, más pone á tu blasón.

Por tí el heroico pueblo segunda vida alcanza,  
Donde eran valentía, nobleza y honra ley,  
Cuando era todo hispano señor de cetro y lanza:  
Su Rey guerrero siempre, cada guerrero un Rey.

En cláusulas de oro, condigno engaste, pones  
De la nación hidalga la gloria sin rival;  
La fama, que custodia sus magnas tradiciones,  
Se inclina y te franquea su pórtico inmortal;

Y en torres y castillos, en el palacio, el claustro,  
Retumba el sonoro vibrar de tu laúd;  
Y en vítor desatada, de tu brillante plastro  
Las áureas ruedas sigue bullente multitud.

¡Pues cuánta no desparces primaveral belleza  
Por cármenes y prados, si empuñas el rabel!  
Y en vano, cuando emulas la gran naturaleza,  
De alambre desacorde se acecha el son en él;

Que si en el campo tuyo, que por doquier florece,  
Se ve tronchado un árbol, sin savia ni verdor,  
Del mismo adusto tronco que disonar parece,  
Salir se oye el gorjeo de oculto ruiseñor.

Tú no eres la represa de linfa atesorada  
Que sabe artificiosa caudales simular;  
Tu vena se destrenza cual salta la cascada  
E innumerables regando va perlas hasta el mar.

No hay más que un gran poeta, un Rey: tú solamente;  
Del fallo de la fama sumiso heraldo soy;  
Y tus vasallos somos, de Iberia hasta Occidente,  
Cuanto ayer cantaron, cuantos cantamos hoy.

Del hijo egregio ufánate, undisono Pisuerga,  
Del que émulos no tuvo que provocar á lid;  
En mármol á tu orilla su augusta sien se yerga;  
Se nombre suyo el Valle que se llamó de Olid.

Del astro que declina, del arpa que enmudece,  
Dirá contigo América el timbre y esplendor;  
Mas no en su tumba adelfas á tu cantor ofrece,  
Ni da por él al viento plañido de dolor.

Endeche desolada la pálida Elegía  
Del doloroso caso de misero mortal:  
Al grande que el olvido y el tiempo desafía,  
La heroica láurea cumple y el cántico triunfal.

Y ved! la ofrenda acepta del pueblo americano!  
Ya el alto Olimpo deja y acude noble y fiel:  
¿No oís como de arpas el preludio lejano?  
¿No veis como la corte de un Rey que viene? Es él!

¡Formaos, altas selvas, en bóveda sagrada,  
Vestid augusta pompa del aquilón al sud,  
Que viene del Poeta la sombra coronada,  
Tejido de laureles el inmortal laúd!

Es él! Ya á recibirle, vistiendo verdes tules,  
En calle las deidades selváticas se ven,  
Y alegres, á anunciarle, sus córolas azules  
Las tenues campanillas agitan en vaivén.

Es él! A darle al paso balsámicos aromas,  
Remece el epidendro su cápsula sutil;  
Y á verle, por las breñas asoman las palomas  
Sus ojos como cuentas de cristalino afil.

Las montañeras aves matizan la floresta  
Luciendo sus libreas de múltiple color,  
Y suéltanse acordadas en sonora orquesta,  
Las plumas enrizando del pecho trinador.

Es él! Más ¿qué cohorte le sigue alborozada?  
Se mueven transparentes aéreas formas mil,  
Y se oye como un himno de música soñada,  
Sonar de chirimías, dulzainas y añaíl.

Ya es todo un centelleo de lanzas y de cotas,  
De aduncas cimitarras y cascos de metal;  
Ya es todo un coloreo de aljibas y marlotas;  
Flotar pajizo y rojo se ve el pendón real.

¿A quién no se declara la raza peregrina  
Del pueblo que despliega tal rumbo y esplendor?  
¡Y cuán ufana viene la gente granadina  
Rindiendo honores reales á su inmortal cantor!

Cual sombras incorpóreas, mas con su forma misma,  
Cual víanlos las vegas del Darro y el Genil,  
Se viene congregada la espléndida morisma,  
Las damas y guerreros de la ciudad gentil.

Distinguen los linajes los rojos, los azules  
O blancos almaizares que cñen á la sien;  
Se ven Aldoradines, Venegas y Gazules,  
Allí Malique y Muza y el viejo Mulahazén.

Aquel azul y blanco magnífico ropaje  
Y el blanco y escarlata damasco flotador,  
Anuncian la presencia del bando Abencerraje,  
El noble de los nobles, de los guerreros flor.

En lámina de oro de artísticos relieves,  
Cual santas escrituras conduce el Alfaquí  
Los libros de los Sueños, las Perlas y las Nieves;  
Que sueños y tesoros los tiene el moro allí.

Cual banda de deidades que de su cielo baja,  
Y aun más que las huries de encanto seductor,  
Deslumbran Zaida y Fátima, Celima y Lindaraja,  
Estrellas de las lides y cortes del amor.

Recuerdo de sus noches de danzas y cantares,  
La guza marfilina llevando se las ve,  
Y que han prendido al pecho sus dulces adamares,  
Que digan la constancia de su amorosa fe.

¿Quién es la que semeja-visión del paraíso?  
¿No es esa la Sultana, la noble Reina? Si,  
La que al valor cristiano pedir venganza quiso  
De la procaz calumnia del pérfido Zegrí.

Y van en pos los cuatro sus valedores fieles:  
Allí Aguilar intrépido y Ponce de León,  
Allí al famoso alcaide se ve de los Donceles,  
Y el justador hidalgo perinclito Chacón.

Aun llevan, y es divisa que los delata á voces,  
El de oro y plata ornado mozárabe disfraz:  
Celeste vestidura y azules albornoces,  
Y el áurea media-luna del musulmán tenaz.

¡Cuál brilla el campo moro! Y en la región andina  
Montañas, cielo, todo reviste su esplendor,  
¡Qué ufana se adelanta la gente granadina  
Rindiendo honores reales á su inmortal cantor!

Mas súbito se tienen, y en el espacio cesa  
La onda que sonaba de armónico raudal:  
Esos deslumbrante los pasma de sorpresa:  
Sus ojos no se apartan de maravilla tal.

Es el real y el templo de la solemne fiesta,  
Donde al poeta aguarda la gran coronación;  
En cúspide de oro se ve la forma enhiesta  
Del Genio soberano del mundo de Colón.

Su nimbo reverbera cual llama de volcanes,  
Le envuelve y le hace veste fulgor de tempestad;  
Su cetro, como rayo; su aliento de huracanes;  
Su faz tiene del niño la cándida beldad.

Allí en cabello, aéreas, sin velos ni atavíos,  
Ondinas, ninfas, náyades, irradian en amor;  
Allí los cuatro Genios de los gigantes ríos,  
Del Genio de los Andes se yerguen en redor.

Atónito contempla tan gran riqueza el moro;  
La de los cuatro Genios jamás la soñó él:  
El uno es todo plata, el otro todo es oro,  
Es esmeralda este, diamantes es aquel.

Y en medio á un centelleo como de muchas fraguas,  
Y al hálito fragante del aura tropical,  
Así sonar hicieron su voz como de aguas,  
Por turno á hacer al Bardo su ofrenda cada cual:

"Las puertas del incógnito alcázar de El Dorado  
Las puede sólo el Genio del Orinoco abrir:  
En sus talleres de oro yo mismo he cincelado  
La palma que á ti vengo cual súbdito á rendir."

"Mi nombre, de mi imperio te diga la opulencia:  
De plata son mis aguas, yo un mar de plata soy;  
Juzgaba en mi ufanía sin símil mi afluencia;  
Pero es mayor la tuya, y el cetro aquí te doy."

"Yo soy quien fecundiza la perla y la esmeralda,  
Los montes penetrando, bajando al hondo mar:  
Al mirto y á las rosas que tejen tu guirnalda,  
Permite al Magdalena sus joyas agregar."

"De ocaso hasta el oriente mis aguas atronantes  
Recorren todo un mundo: yo soy el Marañón;  
Doquier que profundizan, se cuajan en diamantes,  
Topacios y záfiro; para tu frente son."

El magno Genio entonces tendió al cantor la mano,  
Y, al áurea cumbre alzándole, oyóse exclamar:  
"Es fallo de mis Genios, y el mío soberano,  
Por árbitro del canto tu nimen aclamar."

De imperios dilatados señores y monarcas  
A cuya voz retiembla de un mundo la extensión,  
Por tí dejaron trono, palacios y comarcas,  
A hacer aun más solemne tu regia aclamación.

Inclina, pues, Poeta, la esclarecida frente:  
En nombre de la América recibe este laurel;

El diga á las edades tu gloria eternamente,  
Y eternamente viva su admiración en él."

"¡Eternamente viva!" sonó por las colinas—  
Y un himno los dos campos movieron á la par,  
Uniendo las nereidas sus notas cristalinas  
De las deidades moras al dulce modular.

Gentil escolta hicieron al coronado ingenio  
Las náyades y sílfas, su marcha al emprender;  
La senda iluminaban, enviados por el Genio,  
Relámpagos de gloria de hermoso fulgor.

Y ya ante sí velan resplandecer, cercana,  
De la mansión pieria la cúpula inmortal,  
Y aún, cual sala armónica, la selva americana  
Vibraba con los ritmos del cántico triunfal.

## FERROCARRIL Y PUERTO DE GUANTA

Publicamos hoy algunas vistas fotográficas del puerto de Guanta y del ferrocarril que une este puerto con la ciudad de Barcelona, así como también otras de la línea férrea construída especialmente para la explotación de las minas de carbón de piedra de Narical. Para mayor ilustración de nuestros lectores, extractamos del informe que al Ministro de Obras Públicas, dirigió el señor James Shæffer, gerente general de aquellas empresas.

"El punto de salida del ferrocarril de Guanta es la misma ensenada de Guanta, situada en la costa Norte de Venezuela á los 10° 13' 59" de latitud y 66° 57' 13" de longitud, meridiano de París. La línea parte de la estación de Guanta y recorre una distancia de 18.815 metros hasta llegar á Barcelona, capital del Estado Bermúdez. Parte de esa ciudad por la margen derecha del río Neverí y termina en 36,410 hacia hacia la margen izquierda del río Narical, en la estación de las hulleras del mismo nombre.

"El puerto de Guanta, encerrado por tres partes entre altas serranías y cuya entrada por el N. O. está protegida por varias islas, ofrece un vasto volumen de agua, de tal profundidad que permite á los más grandes vapores navegar con la mayor facilidad, presentando por su configuración las mayores seguridades, pues sus aguas están constantemente en calma. Un muelle de hierro de 300 metros de longitud y de 14 metros de ancho y provisto de vía férrea etc. ofrece la mayor facilidad para la carga y descarga de los buques; y teniendo al costado del muelle más de 30 piés de agua, los buques de alto bordo pueden atracar y efectuar sus operaciones con economía y comodidad. Este muelle está unido á la tierra por una calzada provista de dos líneas paralelas, de las cuales una conduce á la Aduana, que atraviesa para unirse á los desvíos de la estación.

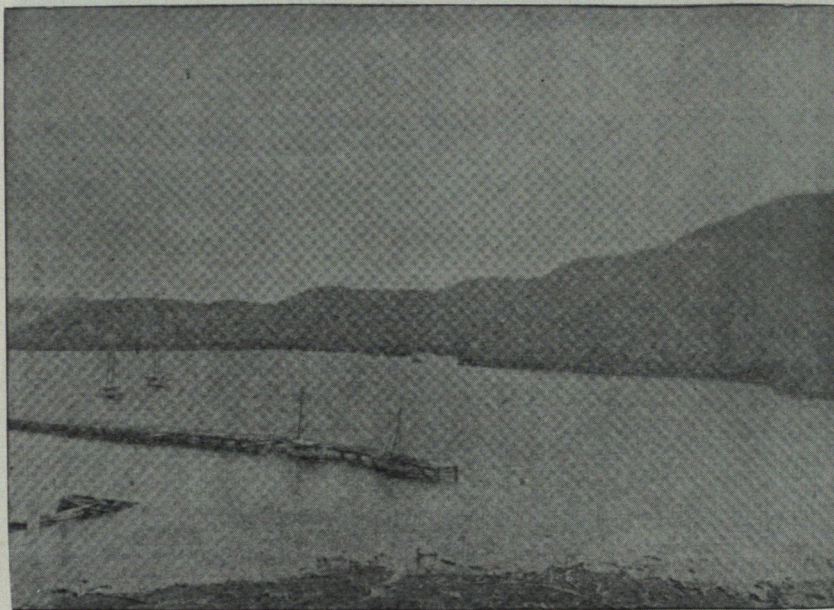
"La Aduana es un edificio suntuoso construído de mampostería de piedras labradas, cuyo cuerpo de 25 metros de largo y 11° metros de ancho, contiene en el piso bajo las oficinas para los empleados y ofrece en el alto una habitación espaciosa y lujosa que tiene todas las condiciones del confort moderno, y del balcón se extiende la vista sobre el pintoresco puerto. A la espalda de este cuerpo está agregado otro dividido por el medio por la vía férrea que entra del muelle por un gran portón, formándose así dos grandes plataformas de 20 metros de largo y 10 de ancho, las cuales quedan á la altura de los carros y wagones destinados á conducir las mercancías al muelle. Del lado S. O. hay una puerta que conduce á una plataforma construída de concreto y destinada para el embarque de las mercancías reconocidas en los trenes para Barcelona. A la derecha de la Aduana se encuentra el Resguardo, vasto edificio de madera que servirá de habitación y de oficina al Jefe del Resguardo.

"Luego está la estación para pasajeros, elegante construcción de mampostería en la cual están establecidas las oficinas del Telégrafo Nacional y la del teléfono de la Compañía. Además hay otra oficina para el Capitán de puerto.

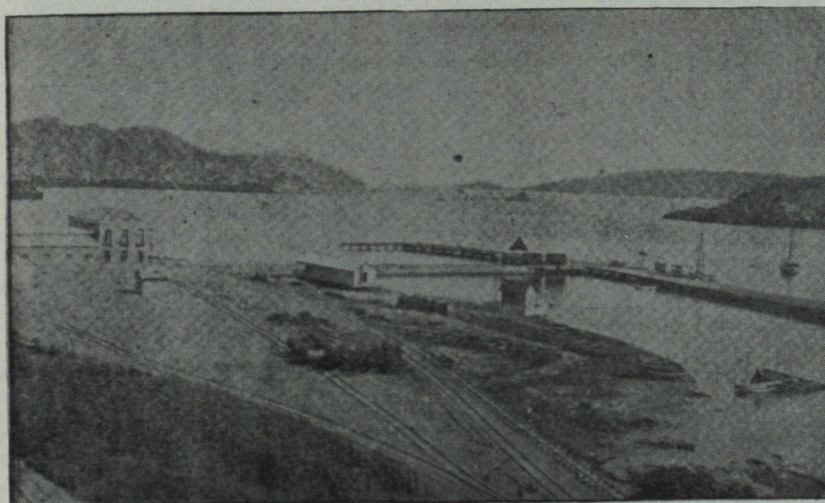
"Ha tenido siempre Guanta la fama de ser un lugar mal sano; por eso se ha tendido á sanearlo por medio de rellenos de los lugares bajos y cenagosos. Se ha empleado en estos terraplenes la cantidad de 15,000 metros cúbicos de piedra y balasto.

"La línea férrea atraviesa en línea recta en una distancia de 1¼ kilómetros, los cocalos de Guanta; pasa la quebrada del mismo nombre por un puente de 12 metros y, sigue en dirección oeste hasta Puerto de la Cruz, á la orilla del mar con deliciosos baños, adonde los barceloneces van á temperar. Allí ha construído la Compañía un pequeño edificio.

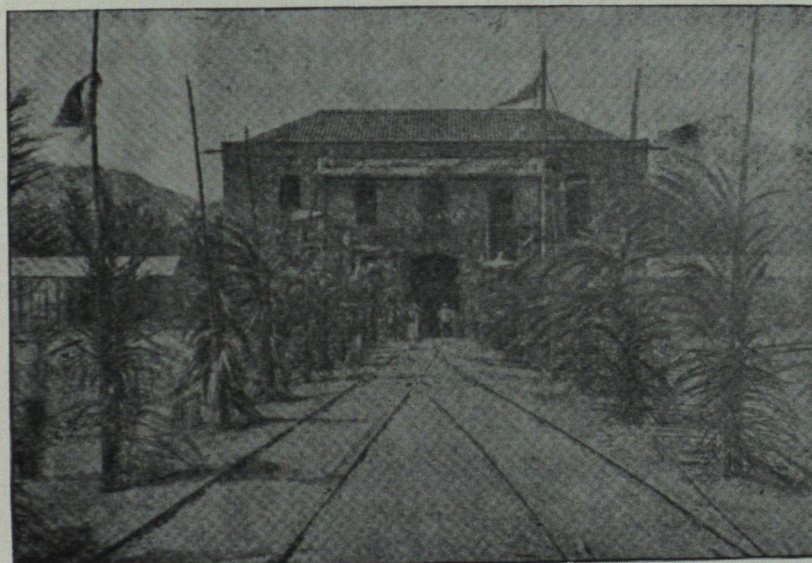




ENSENADA DE GUANTA—VISTA AL NORTE—( Venezuela )



GUANTA—ADUANA Y MUELLE—( Venezuela )



ADUANA DE GUANTA—( Venezuela )

“El terreno comprendido entre el puerto de Guanta y Barcelona es de aluvión flojo y sin consistencia, que durante el invierno forma un barro pegajoso en el cocal se hunden durmientes y rieles, por lo cual se hace necesario mantener una capa de balasto de mucho espesor.

“La Compañía ha construido en la estación de Barcelona, barrio Portugal hasta seis edificios para usos diversos.”

La segunda sección de este ferrocarril, aún no inaugurada, llega como se dijo, á la estación del Naricual donde se encuentran las famosas minas de carbón y el citado señor Shäeffer calcula en 30.000 toneladas la cantidad de carbón que se puede sacar el primer año de la explotación. Las galerías marcadas con los números 1, 2 y 3 se trabajan con gran actividad. De la número 1, se ha extraído un carbón inmejorable para el uso de las máquinas de vapor. Se calcula que la extensión de los filones en la galería número 1 es 180 metros. La galería número 2, también de buenas condiciones, tiene 0,80 á 1 metro de espesor y se ha trabajado á una distancia de 80 metros. El filón de la galería número 3 contiene un carbón bituminoso de un espesor de 1 á 1,50 metros; esta galería es la más larga de las tres y se interna como 240 metros en el cerro. Se calcula que estos filones pueden ser trabajados á una extensión de 40 metros hacia arriba. En algunos lugares el carbón es de buena calidad casi hasta la superficie y en otros está mezclado con tierra á unos cuantos metros de su afloramiento.

El modo de trabajar el carbón es por el sistema llamado el *angosto*, en lenguaje minero, y consiste en que las galerías que se construyan sean horizontales, verticales ó de un ángulo de 45°, y se dejan pilares de carbón, á medida que avanzan las excavaciones que sirvan de soportes del techo ó bóveda; y poco después que todo el carbón se ha extraído se quitan éstos y la galería queda cerrada.

El transporte se hace por medio de carritos enganchados en filas y conducidos por caballos hasta llegar al plano inclinado que conduce á la estación del ferrocarril. Son bajados de tres en tres por un cabo de alambre de acero que pasará sobre un tambor y empujados á la plataforma que conduce á los cedazos en donde serán llevados uno á uno. Estos cedazos, hechos de hierro batido, cuyas barras están arregladas de tal manera, que cuando un carrito de carbón, tal cual viene de la mina, se hecha encima, dejan pasar el carbón menudo que cae en wagón separado, y el grande, como el que se emplea en los vapores, va á otros wagones. Estos cedazos están inclinados para que el carbón rueda con facilidad.

El señor Gerente calcula sacar con sus nuevas instalaciones, cerca de 150 toneladas de carbón diarias.

Digamos por último, algo sobre la historia de esta mina. Débese su descubrimiento á un indio, sirviente del General Hardinguy, que le había acompañado á Europa. De regreso á Barcelona manifestó al señor don B. Couturier que en la quebrada Naricual había “piedras iguales á las que él había visto quemar en París.” El señor Couturier solicitó algunos sacos que mandó al señor F. G. Jahn, en Caracas, quien hizo ensayos en su horno de fundición y encontrándolo bueno se lo comunicó al Doctor Vargas y á su vez este sabio lo puso en conocimiento del General José Tadeo Monagas, Presidente entonces de la República. El General Monagas comprendiendo lo valioso del hallazgo hace las diligencias del caso y entra en posesión de aquellos terrenos; sin embargo nada hizo para explotarlos y sólo se dice que extrajo 100 toneladas de carbón. Después en 1872 el caballero inglés Spence quizo negociar estas minas aunque sin resultado.

Hoy después de 30 años The Guanta Railways Harbour & Coal Trust Company (L<sup>d</sup>) hace la explotación sería de estas minas que dan un excelente *lignito* que no carbón, si es que reservamos este nombre para el producto de la verdadera formación carbonífera, que no existe en Venezuela ni es propia de los terrenos terciarios.

## CREPÚSCULO

Oh padre sol, que el Universo alientas!  
 ¿Por qué tu denso núcleo, rutilando,  
 La viva llama de esplendor no agita,  
 Y al vago linde que salvó tu aurora  
 No tiende el rayo á fecundar los mundos?  
 ¿Huyes del solio adonde el áureo cetro  
 Dilatas de tu lumbre,  
 Y el vértigo medidas de los orbes  
 Que rápidos te siguen?

De la crinada sien ya tornas mustio  
 El luminar, que saludara al cielo  
 Tremando el nácar de tu blanca frente.  
 Y ya tristes fulguran tus pupilas,



El dorso acariciando de los montes  
Y roja fimbria del girón de brumas.

Monarca soñoliento,  
Ya del festín y del amor cansado,  
Vuelves la frente hacia el gallardo coro  
De nubes que semejan,  
Grupos de ninfas en revueltos giros  
Despidiendo tu lumbre con sus danzas.

¿No ves? la esfera azul, adiós te dice  
La sien velando de rubor teñida  
Con los pliegues sutiles de su manto;  
Son tus últimos besos  
Temblorosos de amor, con que en la tarde,  
Bañada en viva grana  
Dejas la faz de tu adorada hermosa!

Detén, oh padre sol, en el poniente  
La claridad que espira.  
Acrece el raudal foco,  
Y del incendio que se expande surja  
Llaméante pira que á occidente inflame.  
Da rienda á tu capricho  
En fausto y magia al desplegar colores,  
Desaténse las nubes  
Cual limpias cataratas,  
Que en penachos de perlas  
De tumbo en tumbo al estallar se visten;  
O ya entre fuentes de plateadas linfas,  
Dibujen dispersadas en girones,  
Greyes paciende de vellón de rosa,  
En hondos valles de esmeralda y nácar  
O entre copos de brumas,  
Columnas de alabastro que se tuercen  
En rauda espira á levantar la comba  
De curvas de oro en el azul sereno.

Y qué? ¿ni algún recuerdo  
Que mengüe tu carrera,  
Podrás tener de los altivos montes,  
Que saludan tus albas  
Con regia pompa en tropical verdura,  
El penacho gentil de sus neblinas  
Lanzando al cielo en imperial columpio?  
¿Ni el de sus cumbres al rodar sonoro  
Velo torrente aprisionó tu manto  
En los hilos plateados de sus redes?

¿Ni las del valle en la hondonada fértil  
Conquistaron tu lumbre?  
Esas rubias espigas que á tus besos,  
Cual lánguidas coquetas,  
Cargado el tallo de feraz mazorca  
Volubles cimbran la flexible caña?

¿Ni el Avila sultán, de aquestos valles  
Eterno centinela,  
Que apenas de su manto blanquecino  
Irguiendo altivo la gigante cumbre,  
Dilata su mirada al horizonte,  
A sorprender en tu rosado lecho  
Los fulgores primeros de tus ojos,  
Las caricias primeras de tus rayos  
Que en oro tejen el cendal de Flora?  
¿Oh! ni el viejo monarca de mis lares,  
Testigo de la escena de otros siglos,  
Aviva un tanto en tu memoria helada,  
Las horas de otros días?

Oyeme, oh sol! ¿del suelo de los trópicos  
No fuiste el dios en los pasados tiempos,  
Y de las razas muertas,  
Que en sólo polvo y en recuerdo habitan,  
El debido tributo no allegaste?

Divinidad augusta,  
Al fuego de tu albor cuando despiertas  
O al vívido crepúsculo en que mueres,  
Un tiempo fué que ante tu luz de hinojos,  
En medio de los bosques seculares,  
Y al lóbrego gemir de las salmodias,  
Quemaron nuestros padres sus inciensos  
Y el presente rindieron de los frutos  
Del verde cocotero y el banano.

¿En qué boda, cual dios, tu no oficiaste,  
De amor llenando, de ventura y gloria,  
A los rústicos hijos de estos montes?  
Era el brillar de tu gentil lumbrera,  
Antorcha de Himeneo,  
Bañando en tintes de cambiante gualda,  
Los trenzados collares de pionía;  
Del garbo cuerpo que pintó el onoto  
Los mórbidos perfiles,  
Y el plumaje altanero que á su frente  
Se ajustaba la hermosa desposada.

Mas, ay! desaparecieron  
Los hijos de estos valles y colinas,  
Rodaron sus cabañas para siempre,  
Que fueron de magueyes sustentando  
Flexibles techos de cocuiza y palma.



BOCA MINA NUMERO 1—NARICUAL—( Venezuela )

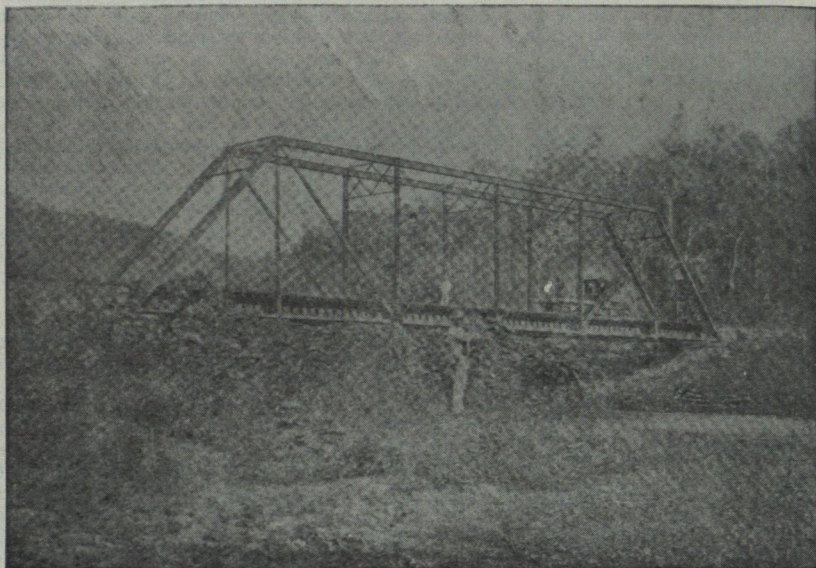


BOCA MINA NUMERO 2—NARICUAL—( Venezuela )



BOCA MINA NUMERO 3—NARICUAL—( Venezuela )





PUENTE DE LA ANGOSTURA. — NARICUAL. — [Venezuela]



PUENTE DE LA PEÑA. — NARICUAL. — [Venezuela]



CERNIDOR DE CARBÓN. — NARICUAL. — [Venezuela]

¡Oh, las chozas cercadas de cuñes,  
Que sueltas chaguaramas cobijasen!  
Ya no avistan los ojos desde lejos  
Sus formas medio ocultas,  
Ni ya entre lagos de movibles rizos  
Semejan en las sombras de la noche,  
Naves que avanzan á la ardiente costa.  
Ni surca la onda la veloz piragua,  
Regando espumas al batir del remo;  
Y mudo está el arpegio con que el indio,  
Al flébil són de lánguida marimba,  
Llenara el aire en su canción de amores....

—  
No existen ya los incas.....  
Que sólo de sus lares,  
Quedaron los collados y las sierras,  
Dominados por hombres de otras razas....

—  
No te alejes, oh sol! sin que á la huesa,  
Do yacen esos muertos,  
Penetrando por grutas olvidadas,  
Descienda un rayo de tu sacra lumbre  
A envolver entre aureolas sus despojos.....

—  
Detente, oh sol! ¿no bastan las memorias  
Sagradas de otros siglos?  
Al menos puedan los festejos gratos  
Que á tu esplendor celebran,  
El llano, y monte, y prado, y fuente, y cielos,  
De tu almo foco retardar la fuga.

—  
¿Acaso de tu frente  
La tibia luz, cual de amorosos labios,  
No siente de la acacia y la amapola,  
Agasajos de besos que la arrullan,  
Voluptuosas caricias que la enervan?

—  
El nítido remanso, ya tu incendio  
Copia en su faz, y la fontana oculta,  
Oficia rauda ante el altar de piedra  
Modulándote el himno de la tarde.

—  
Ya salta de los montes  
Impetuoso torrente  
Al hondo precipicio, y en su vuelo,  
Es cascada de luz que borda en perlas  
Al iris de tu manto!

—  
Oh vírgenes, venid, las de los castos  
Ensueños de la vida,  
Cantad, que ya es la hora  
De los sacros rumores de la selva;  
Del lánguido aletéo,  
Con que besan las tórtolas  
A los frescos renuevos de sus nidos,  
Se arrullan las torcaces,  
Y se besan las auras  
Con los nuevos capullos de las flores.

—  
Venid, ya se desprenden  
Los blancos azahares  
Del verde limonero y el naranjo,  
Ya hay nardos y azucenas  
Y abiertas campanillas, con su aroma  
Llenando el aire en palpitante oleada

—  
Engalanad la frente  
Con los niveos jazmines del sabeo,  
Que esbelto se destaca en la espesura  
De los viejos bucares florecidos,  
Como una virgen novia,  
Entre rústico templo de esmeralda  
Y encendido coral embovedado.

.....  
Mas huye, oh sol! á tu confin lejano,  
A radiar el fulgor de otras auroras  
En nuevos horizontes;  
Repliega de tus redes  
Las aureas hebras que oscilantes brillan....  
Ya asoman las tinieblas,  
La oscura senda del nocturno carro,  
Abriendo al cerco do tu lumbre radia,

—  
Adiós, oh sol! felices ya los ojos  
Que al tibio rayo de tu luz despiertan,  
Y vuelven palpitantes de alegría  
De nuevo á contemplarte.

—  
Bien hayan los atletas de esta lucha,  
Que vuelven á templar á tus fulgores  
Sus yelmos y corazas,  
Y el pecho hacia adelante levantado  
Verguen la frente á saludar tu lumbre.

—  
Felices ya los tristes,.... más.... quien sabe,  
Si despiertan muy húmedos sus ojos,  
Al ver que sólo la ilusión fué sueño,  
Al sentir con los besos de la aurora  
Fugarse su esperanza!



Bien hayan los que el ceño depusieron  
De noche turbulenta,  
Y acallaron las sierpes roedoras  
Que el recuerdo siniestro despertara. ....

Sobre la franja de cambiante grana  
Que en el oriente angostas,  
Desgarrando las nubes de los cielos,  
La luna surgirá con rayo frío,  
Cual rasgare un cadáver el sudario  
Alzándose en la tumba.

Y luego esos luceros,  
Que unos tras otros seguirán sus pasos  
En pálido cortejo y lentamente!....  
Parecen doloridos,  
De alguna virgen muerta  
Conduciendo en silencio sus despojos.

Adios, oh claro sol! brindas tu imperio  
A esas blancas deidades de la noche,  
Testigos inmutables  
Que siempre han de callarnos tantas penas  
Gemidas en la sombra,  
Misteriosas esfinges,  
Que nunca han de decirnos el enigma  
De las rucas tormentas del insomnio!.....

Mañana volverás á nuestros lares,  
Y tu doncella hermosa,  
Aun destrenzadas las flotantes crenchas,  
Despejará tu solio  
Asomando á los cielos sonrosada.

De nuevo has de brillar, y de los cármes,  
En tálamos de flores,  
Los trémulos cambiantes del rocío  
Te saciarán de besos;  
Y en hálitos de rosas,  
A las nuevas fragancias de la selva,  
Te adormirás á la siguiente tarde  
Embriagado de amor como los dioses.

LUIS CHURIÓN.

## CRONICAS YANKEES

FORTRESS MONROE, VIRGINIA

Agosto de 1893.

La fortaleza militar cuyo nombre figura en la fecha de esta crónica, hace parte del territorio del Estado Virginia, que sus dueños y en general los plantadores del sur acostumbraban llamar *Suelo sagrado*, "Sacred soil." Autorizaron en su tiempo esta orgullosa denominación el recuerdo de los elementos históricos de la colonia, la circunstancia de haber sido el propio Estado en época posterior cuna, hogar y tumba de muchos varones ilustres, entre ellos el fundador de la independencia nacional; y más que esto la convicción profundamente arraigada en sus hijos según la cual el derecho de gobierno propio que expresamente se reservaron las provincias que pactaron la unión constitucional de 1789, incluía no sólo el de mantener y preservar, sino de extender también si era necesario sus antiguas instituciones domésticas, entre ellas la de la esclavitud: sobre la significación y verdadero alcance de este derecho versó durante muchos años el debate de los dos grandes partidos históricos en que está dividida esta democracia. Washington su primer piloto previó en tiempo que la controversia degeneraría no muy tarde en desastroso conflicto capaz de aniquilar la Unión, pero la política de los compromisos hábilmente observada por una y otra parte aplazó la final solución hasta el momento histórico en que expuesta á todos los vientos del progreso y bajo el ariete de la opinión liberal y humanitaria, el viejo edificio de mármol negro cuartióse por todas partes y se derrumbó estrepitosamente cayendo en irremediable ruina. El partido *wigh*, que se había limitado en nombre de la civilización á restringir los derechos de la esclavitud, se mostró al fin incapaz de resolver el problema ó de atenuarlo seriamente, y víctima de las sucesivas derrotas electorales á que lo condenaban lógicamente la flogedad é indecisión de su credo, desapareció de la arena y fué remplazado por el partido republicano, quien con Lincoln por candidato triunfó en las elecciones de noviembre de 1860. Pero son de

ordinario tan poderosos el prestigio de las instituciones seculares y la acción de los intereses creados á su sombra, que los nuevos legionarios llegaron al poder llenos de timidez y vacilación, y alimentando aún la esperanza de aplazar nuevamente el conflicto ó de atenuarlo al menos por ciertas concesiones. Hoy está bien averiguado que el mismo presidente Lincoln, á quien no obstante se apeló el libertador de una raza, estuvo más de una vez resuelto á desviarse del rumbo que debía llevarlo al mundo de la justicia, cejando con menos fe y persistencia que Colón ante el vocerío de la multitud temerosa de ver naufragar en mares desconocidos la nave de la Unión. Fué necesaria la demente arrogancia de los partidarios de la esclavitud para que los republicanos recogiesen al fin el guante y aceptasen el reto con todas sus consecuencias. El mundo presencié entonces el singular espectáculo de una lucha gigantesca en la cual aparecían de un lado la mala causa y los mejores hombres y del otro bandera de justicia y de humanidad defendida á precio de oro por el *Condottierismo* de la inmigración. Es todavía un fenómeno sociológico inexplicable, cómo, hombres del temple, de la educación y del carácter de Lee, de Jackson, apellidado muro de calicanto por su incontestable serenidad en el campo de batalla, de Jonsthor, del joven Douglas, del mismo Jefferson Davis y de otros no menos conspicuos, pudieron comprometerse en la defensa de una causa que incluía la perpetuidad, y lo que es peor la extensión inmune del crimen de la esclavitud, estremando para ello su responsabilidad hasta aceptar la que les aparejaba, la desintegración de la república. El descubrimiento de mármoles animados por cincel divino, en campo erial, asombrado por las tradiciones de la barbarie y el crimen, causaría menos estrañeza al viajero inteligente que lo que un observador atento experimenta al encontrarse con almas y caracteres de aquel temple entre las ruinas de una causa tan indefensible é intrínsecamente odiosa como lo fué siempre la de la explotación del hombre por el hombre. Aberraciones de este género abundan, no obstante en los anales del progreso, comprobando la eterna superioridad de la idea y la verdad profunda de la palabra con que Bossuet resume la filosofía de la historia: —el hombre se agita y Dios dispone.

La famosa carga de los pickets en la memorable batalla de Gettesburgo, más acreedora que la de Marignam al título de batalla de los gigantes, carga en la cual 9.000 soldados del sur avanzaron sobre 150 cañones federales hasta apagar el fuego literalmente con sus propios pechos, como refiriéndose á hazaña de menores proporciones numéricas dijera Bolívar, fué el punto culminante del estéril heroísmo de los confederados. Algunos meses después sobrevino la final jornada de Appomattox, verdadera página de Plutarco, y en seguida la organización de la victoria, luctuosa siempre en las guerras civiles. Los vencidos apuraron hasta las heces la copa amarga de la derrota. Sus vencedores entregaron á la raza esclava las cadenas que había llevado por siglos á sus pies, para azotar con ellas á sus antiguos dueños. La maceración fué larga y cruel, y el mismo presidente Johnson que intentó dulcificarla cayó en la impopularidad y el descrédito.

Ello no obstante 28 años es decir un segundo en la vida de las naciones, han bastado para borrar completamente las huellas que dejaron sobre la carne y aun sobre los huesos de este colosal organismo, aquella lucha á cañón y á cuchillo que duró poco menos de 4 años y en vano se buscaría hoy la soldadura operada por el hierro. Las cicatrices morales han desaparecido al par con las cicatrices del cuerpo, apenas hay memoria de los odios que dividieron la gran familia y ningún político de fuste, ninguna comunidad combatiente que se respeta incurre en la torpeza de alegar causas y evocar recuerdos que el tren del progreso ha soterrado profundamente, relegando hechos, los hombres y las responsabilidades comunes al solo juicio de la historia. Nada que escombe y embarace estérilmente el campo en que luchan ideas nue-

vas é intereses transformados conforme á las necesidades del tiempo; nada de esa tediosa y aun maniaca insistencia en antiguas querellas y en antiguos odios, que es por desgracia rasgo característico de la política latino-americana. Aquí ningún partido rehusa como Raquel ser consolado por la muerte de sus hijos ó la derrota de sus programas. Todos por el contrario dan la cara al porvenir y se rigen por el principio de que sólo se conserva aquello que es capaz de renovarse.

El observador que estudia en las ideas y en los hechos el extraordinario poder de eliminación desplegado por este pueblo en relación con las causas de aquella guerra y sus naturales consecuencias, termina seguramente por reconocer en él, uno de los principales resortes del maravilloso progreso que se ostenta por todas partes á su vista.

Breves días de residencia en esta estación militar que hace años se ha hecho también estación de recreo y de salud, bastan para sugerir aun al espíritu menos atento y reflexivo las anteriores reminiscencias y consideraciones. Situada la fortaleza al principio de la espléndida bahía de Chesapeake, en que hace poco se abrigaron anchamente las flotas de los principales poderes marítimos del mundo, y con vista á los dos cabos Jorge y Henrique que extreman la misma bahía, su guarnición y sus cañones tienen por objeto dominar los caminos llamados de Hampton y hasta donde es posible la embocadura de los ríos Potomac y Saint James, por cuyas aguas puede ser invadido el interior del país. Su posición á orillas del mar intermedia entre el Sur y el Norte, hace de esta lengua de tierra el lugar más apropiado para abrigarse contra los rigores del invierno ó respirar en atmósfera menos ardiente y purificada de todo miasma deletéreo durante la estación del verano. En la primera de esas estaciones, el termómetro Fahrenheit descende rara vez abajo de 30 grados, la nieve cae escasamente y se liquida muy pronto. En el verano el mismo termómetro marca á lo sumo 90 grados y las brisas marinas refrescan considerablemente la atmósfera.

Hasta 1860 sólo algunos opulentos plantadores del sur venían á recibir los tibios rayos de este sol benigno, pero apenas principiada la guerra ocurrióle á un humilde menestral que traficaba accidentalmente por estas tierras la excelente idea de compartir con la defensa militar las naturales ventajas de este suelo y de su clima. Carecía de capital suficiente para construir aquí un hotel apropiado para aquel efecto, pero en este país la asociación entre el empresario de talento y el hombre de capital es siempre fácil, y termina por enriquecer al primero y hacer más rico al último.

Harrison Phoebus encontró prontamente el auxiliar de que necesitaba para realizar su proyecto, y puso manos á la obra con tal perseverancia y á la postre con tan buen éxito que á vuelta de algunos años llegó á la opulencia, y murió dejando una familia numerosa en las mejores condiciones de fortuna, y el hotel, su obra de muchos afanes y esfuerzos, como una de las residencias más confortables y mejor servidas entre todas las del sur. El edificio agrandado lentamente es hoy capaz de contener con holgura hasta 1.000 huéspedes. Durante el invierno sus anchos y prolongados corredores, sus salones de bailes, de tertulia y de lectura, su amplísimo comedor y los balcones que dan sobre el mar se cubren de cristales y de tupidas alfombras, el fuego chisporrotea en las numerosas chimeneas, y una atmósfera tibia, siempre igual y científicamente renovada, permite á los huéspedes burlarse impunemente de los helados bostezos del invierno, así como del rigor extremo de los vientos marinos.

Pasada la primavera, que sólo dura aquí lo que la rosa de Malherbe, ó sea el espacio de una mañana, el edificio cambia completamente de aspecto y su anterior personal de huéspedes compuesto en su mayor parte de ricas familias del sur, que vienen á plantar aquí sus tiendas y á desplegar el lujo de sus diamantes y de sus terciopelos, es reemplazado por otro de gentes igualmente bien educadas pero menos favorecidas por la fortuna y que proceden de toda





LA ELECTRICIDAD—Cuadro por Kandler



los puntos del territorio. Así la estación del invierno reviste carácter seccional en tanto que la del verano es por el contrario nacional ó unitaria.

En la primavera se estudia la sociedad del sur, en la segunda la del país entero.

Los cristales desaparecen, los hules reemplazan las alfombras, las chimeneas extinguen su fuego y en su lugar se agitan incesantemente los abanicos movidos por la electricidad. Franquéase al aire libre las puertas y ventanas, y la estación de baños de agua salada que hace parte del hotel, prepara sus cordajes, sus botes y sus vestidos. Una música selecta, la misma de la guarnición militar, ejecuta las mejores piezas de su repertorio de la una hasta las tres y media de la tarde y desde las ocho hasta las once de la noche. Durante este último período musical el salón de baile se llena de parejas, las más de ellas vestidas de rigurosa etiqueta. El espectáculo que el salón presenta en aquellas horas es verdaderamente fascinador, así por la variedad y belleza de los tipos como por el gusto de los vestidos y la gracia con que los y las americanas particularmente saben bailar. Todos ellos conocen el verdadero baile de salón, tan distante de la vertiginosa agitación y del cáncan francés, como de la majestuosa lentitud de la antigua danza española. Los oficiales sobre todo, así los de tierra como los de mar son verdaderos maestros en la materia, y á fe que si manejan la espada como los pies, podrían darle tetero al mismo Moltke si aún viviese.

Las relaciones entre los huéspedes son generalmente fáciles y de una culta cordialidad, cuyo principal rasgo característico es el de un mutuo respeto, especialmente para con las damas, quienes aquí como por todas partes en los Estados Unidos, no sólo reinan sino que gobiernan también cuando les viene en gana. Su ocupación preferente si no exclusiva es la de la toilette, como que cambian de vestido tres veces al día, reservando siempre sus mejores galas para la noche. Ninguna de ellas viaja sin llevar consigo sus joyas y diamantes, los cuales depositan en la caja fuerte de los hoteles, para precaverse de los cacos. Como en casi todos los centros de refinada cultura, aquí también se hace cada día más rara la Eva primitiva por la cual nuestro común padre desbarató el Paraíso, y apenas se logrará encontrarla en el baño, salvo que tome la precaución de sumergirse en el agua sólo hasta el cuello á fin de no destruir la tinte artificial de su cabello y los no menos postizos colores de su rostro. En cuanto á los individuos del sexo fuerte y feo, ellos distribuyen su tiempo entre los placeres del baño y del baile, el paseo con las damas, los juegos de billar y pelota, la lectura de los diarios y la conversación con acompañamiento de cigarro y aun de tabaco mascado, en las piezas reservadas al efecto sin perjuicio de excursiones más ó menos discretas al sitio donde se expendan los licores. Hablan preferentemente de negocios y de sus viajes de placer, y cuando se ocupan de política es sólo para exponer friamente sus opiniones y oír con respeto las ajenas, sin avanzarse jamás á promover controversias acaloradas, ni menos á querellarse entre sí por simples disidencias de partido. El rasgo característico de sus juicios es el de una serenidad que aun con ser eminentemente utilitaria no deja de ser por eso igualmente patriótica. He oído á muchos republicanos jactarse de haber votado por Cleveland, porque lo consideran el hombre de las circunstancias sin que les ocurra la idea de que este voto implica una traición á su partido. El partido es para ellos la conveniencia general, y sólo cuando ella no está de por medio siguen voluntariamente á los políticos de profesión con cuyas opiniones simpatizan.

He hablado con republicanos y demócratas en las épocas en que unos y otros estaban alejados del gobierno, y jamás les he oído renegar de la situación, ni pintarla con los más negros colores, y menos desconfiar del porvenir de su país, sólo por mediar aquella circunstancia. No contunden jamás la patria con el poder, ni la cosa pública con los que están transitoriamente en el gobierno. Al revés de lo que pasa en nuestra América, donde los partidos jamás están

satisfechos ni los juicios de sus hombres son equitativos sino á condición de tener el timón bajo su mano. Los norteamericanos no tragan en verdad grueso ni comulgan con ruedas de molino cuando se trata de juzgar el carácter y la conducta de sus hombres públicos; pero saben apreciarlos con singular equidad sustrayéndose á la perturbadora influencia de los odios políticos, se expresan siempre con suma discreción, y al referirse á los magistrados lo hacen con marcado respeto. Un juez de Ohio, de opiniones republicanas muy acentuadas, á quien yo hacía, hace de esto dos años, un caluroso elogio de Mr. Cleveland, me contestó sencillamente: tiene usted razón, Mr. Cleveland es un gran ciudadano, pero no lo es menos nuestro presidente Harrison. Entre dos hispano-americanos esta conversación, habria rematado seguramente, en una doble caricatura y acaso también en una querrela. La desconsideración por la crítica maligna de los hombres que ejercen el poder público, dolencia propia de las democracias, naturalmente mordaces y envidiosas, no ha hecho aún en la masa de este pueblo los progresos que tanto se notan en Francia y en la generalidad de nuestras repúblicas, con no poco perjuicio de la moral, pues toda sociedad que desprecia á aquellos á quienes obedece, necesariamente tiene que depravarse. La obediencia no es una ley de sociabilidad sino á condición de ser libre y refrendada por el respeto.

Los hombres del Sur, aun los más infeudados á las antiguas preocupaciones, recuerdan sin amargura su derrota de ahora 30 años y se han reconciliado sinceramente con sus vencedores. Su reorganización económica, no menos pronta y feliz que su reorganización política, ha facilitado considerablemente aquel resultado, á lo que se agrega que empresarios y capitales del Norte han ido al Sur á restablecer allí sobre el firme terreno de negocios comunes generalmente prósperos el antiguo pacto de unión. El Sur hasta ayer exclusivamente agrícola principia á ser también manufacturero en grande escala, y esta diversificación de sus industrias sirve admirablemente al principio de la unidad nacional porque destruye la antigua lucha de intereses entre determinadas zonas geográficas, á tal punto, que por ejemplo, en la proyectada reforma de la tarifa no pocos del Sur acompañan en su oposición á los manufactureros del Norte.

Fuera de los salones del hotel, donde en la conversación salmodiada de sus huéspedes se recojen estas y otras observaciones, el sitio ofrece algunos otros objetos de interés que valen la pena de ser notados como complemento del cuadro.

En la fortaleza que dicho sea de paso no inspiró gran respeto á los huéspedes internacionales que durante el pasado abril frecuentaron sus aguas, llama la atención un pequeño museo militar en el cual figuran los cañones rendidos por los ingleses en la vecina, y por tal circunstancia histórica ciudad de Yorktown. La música de las paradas alternando con la no menos frecuente de los salones del hotel da á este sitio el aire de una pequeña Salento. Las familias de los jefes y oficiales de la guarnición, que viven en coquetas casas de madera, rodeadas de jardines, constituyen una sociedad aparte, con pretensiones aristocráticas, y los chischibens y murmuraciones consiguientes. Es curioso observar como este pueblo eminentemente democrático por su origen y sus instituciones aspira á fundar gerarquías, dándoles por base, ora el dinero, ora la posición de los jefes de familia en el gobierno, en la marina ó en el ejército, ora en fin los títulos nobiliarios, que las herederas acaudaladas van á buscar en Europa, preferentemente en Inglaterra, con tan deliberado propósito y tal empeño que ya un diario de la ciudad de Detroit recomienda se dicte una ley para reprimir al menos semejante tendencia.

A tres millas de una distancia que cada cuarto de hora recorren los trenes de un tranvía movidos por la electricidad, está la pequeña ciudad de Hampton, notable por contener la iglesia más antigua de los Estados Unidos, y dos magníficos institutos de educación sostenidos con fondos federales y exclusivamente destinados á los descendientes de las razas aborígenes y á los hijos

de la raza que hasta ayer fué esclava. El veterano general Armstrong dirigió hasta su muerte, ocurrida á mediados del pasado julio, uno y otro instituto, con aplauso y aún admiración de cuantos presenciaban su labor. Este benéfico institutor ha demostrado como puede resolverse satisfactoriamente por medio de la educación el problema de levantar á un nivel satisfactorio, si no del todo superior, á los individuos de las razas largo tiempo paralizadas en su desarrollo por la dejadez ó vicio de las instituciones sociales.

Pero oigo en este momento un toque de corneta que me recuerda á un tiempo nuestro doloroso estado social, fruto en gran parte de la guerra y de los hábitos de violencia que ella engendra, la hora del correo implacable y fatal como lo llamó Dumas, y la necesidad de no extender demasiado estas crónicas destinadas á un periódico de cortas dimensiones y á un público que si se cansa de leer los buenos escritos, seguramente ha de fastidiarse con los malos ó mediocres.

No he echado en olvido la promesa hecha en el primero de mis borradores, de hablar expresamente sobre la participación de Venezuela en el gran certamen colombino pero ¿qué podré agregar sólo de oídas á lo mucho y muy sustancioso trasmitido ya al público caraqueño, por visitantes y aún actores de la gran exposición?

R. B.

## MÁRMOL Y CARNE

I

Al comenzar la escalera  
Del castillo solariego,  
Se alza una estatua de mármol,  
De hermoso y turgente seno,  
De líneas y formas puras,  
De ensortijado cabello  
Y labios donde parece  
Que están dormidos los besos.

Tostado por los ardientes  
Soles del Africa, un negro,  
Cuando la tarde se pone,  
A la estatua llega trémulo,  
Y clava en ella los ojos  
En donde hierve el deseo;  
Enajenado la abraza,  
Y los labios contrayendo  
Lleva las crispadas manos  
Como en delirio á su pecho.

II

¡Cuántas veces, cuando á solas  
Lloro en mis noches sin sueño,  
Tus desdenes, tus traiciones,  
Y siento en mi alma el infierno  
Del amor sin esperanza  
Y la fiebre de los celos,  
Viene á la memoria mía  
Negro y trágico el recuerdo,  
De aquel corazón de mármol,  
De aquel corazón de fuego!

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

## EN PARIS

Mira! Es noche de nieve. Deja el piano.  
Hace frío. Cerremos los balcones.  
Abramos al amor los corazones  
Y ven conmigo á tu cojín persa.

Tu azul pupila, cielo de verano,  
Renueve las pasadas efusiones;  
Haz revivir las muertas ilusiones  
Y abandona tu mano entre mi mano.

El Sena rumorea en la distancia;  
París yace en la sombra. Flota el sueño  
Y hay languidez y aromas en la estancia.

Siga afuera tenaz la helada lluvia...  
Si dormir quieres, duerme! dulce dueño,  
Y apoya en mi hombro tu cabeza rubia.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



Caracas: 19 de agosto de 1893.

Muy señor mío:

Encargado de promover en esta República la suscripción al monumento que ha de erigirse en España al gran poeta don José Zorrilla, y asimismo de solicitar con tal fin el concurso de la prensa periódica, como expresamente me lo recomienda el Presidente de la Comisión Hispano Americana D. Marcelino Menéndez y Pelayo, tengo la honra de dirigirme á usted suplicándole se sirva insertar en su ilustrado y culto periódico la adjunta circular, y recomendar su lectura y la suscripción con el propósito de contribuir así á la realización del glorioso monumento.

No sólo á España pertenece el inmortal poeta D. José Zorrilla, sino también á todas las naciones de raza española que hablan la hermosa lengua castellana, y en cuyas letras ejerció tan señalada influencia su extraordinario ingenio; por lo cual todos los pueblos de las Repúblicas hispano-americanas, y sus gobiernos y sus asociaciones, están contribuyendo, á una con el pueblo español, á la glorificación del insigna cantor de Granada. Por lo tanto, Venezuela está también en el deber de rendir testimonio de admiración al mayor de los poetas del presente siglo.

Dígnese usted anunciar asimismo que la respectable casa de los señores *Sola, Herrera y C<sup>ta</sup>* se ha encargado cortésmente de recibir las suscripciones y remitirlas al señor Menéndez Pelayo; que el señor don Jaime Escofet solicitará las de la Colonia peninsular, y las de la Colonia Canaria el señor don Salvador González y García; y por último, que la lista de contribuyentes con las sumas respectivas, se publicará en el *Diario de Avisos* antes de enviarse á España por la expresada casa de los señores *Sola, Herrera y C<sup>ta</sup>*.

Con sentimientos de consideración y respeto soy de usted atento servidor.

q. b. s. m.

JULIO CALCAÑO.

Señor Redactor de EL COJO ILUSTRADO.

# JUNTA DEL MONUMENTO A ZORRILLA

## CIRCULAR

La Junta Directiva de los trabajos preparatorios para la erección del monumento con que ha de honrarse la memoria de don José Zorrilla, juzga de su deber más estricto solicitar hoy el concurso de cuantos en ambos mundos hablan la lengua castellana. Sólo así podrá tener el proyectado monumento carácter de tributo, no ya nacional únicamente, sino de raza, y de comunidad de espíritu entre todos los pueblos que á ella pertenecen, puesto que á todos han alcanzado los resplandores de la gloria del inmortal poeta, por cuyos labios habló con voz solemne y vencedora de los tiempos el genio de la patria española.

Si algunos, muy raros, poetas castellanos de este siglo pueden aventajar á Zorrilla en tal ó cual condición técnica: si otros han penetrado más adelante que él en ciertas regiones del sentimiento, de la fantasía ó de la idea: si la gloria de nuestro movimiento romántico no puede compendiarse en un nombre sólo, sino que debe, en ley de justicia, repartirse entre varios, todavía es cierto que por su fecundidad avasalladora, por la magia y prestigio de la palabra musical, por la opulencia deslumbrante del color, por el alarde y derroche continuo de los tesoros de su imaginación pintoresca y lozanísima, y más aún por cierta sublime impersonalidad que en él hubo, y merced á la cual le fué concedido el talismán de las evocaciones épicas, Zorrilla fué más popular que otro alguno, fué para la mayor parte de nuestro pueblo *su poeta*, el poeta por excelencia, el que más fiel y hermosamente representaba su vida ideal, el que mejor sabía arrullarle con las canciones y consejos de un pasado glorioso, que tenía para unos el hechizo de una puesta de sol melancólica y espléndida, al paso que á otros daba esperanzas y vislumbres de una nueva aurora. Un poeta lírico, por grande que sea la energía é intensidad de su vida afectiva, nunca puede congregar en torno de su nombre un coro tan unánime de admiradores, que en algún sentido bien pueden llamarse colaboradores de su obra. Tendrá culto ferviente en pocas y selectas almas; pero al poeta que por raro caso ha atinado con la expresión bella y elocuente de aquellos impulsos primitivos y fuerzas elementales que son el alma de la tradición y hacen que á través de los siglos y de las transformaciones históricas los hijos de un mismo pueblo se reconozcan por hermanos, le reserva ese pueblo una recompensa todavía más alta, y se la otorga, no en la lectura solitaria, ni en el elogio de Academia, ni en el comentario estético, sino en la plaza pública, á la luz radiante del sol, en mármol ó en bronce, y por unánime concurso y decreto de los ciudadanos, desde los más



EN EL BOSQUE. ANTES DEL BAÑO. — Dibujo de Kaulbach

humildes hasta á los más encumbrados, desde los sabios hasta los indoctos.

Al levantar la estatua de Zorrilla no vamos á hacer meramente la apoteosis de un poeta, grande entre los más grandes que España ha producido en nuestro siglo. La erección de ese monumento debe significar algo más: debe ser una afirmación energética del alma de nuestra raza, una especie de acto solemne y cuasi religioso, por el cual nos reconocemos herederos de nuestros progenitores en todo lo que el campo neutral de la tradición poética ofrece de glorioso y de amable para todos.

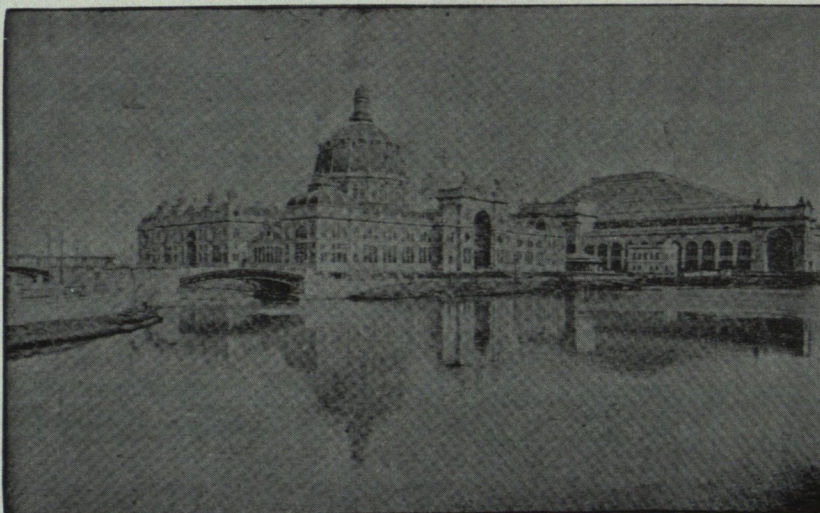
Al honrar la memoria de Zorrilla, nuestro último poeta nacional, festejamos y coronamos en su persona á los anónimos autores de los *Cantares de Gesta* y de los romances viejos, á los patriarcas de nuestro teatro nacional, y á los grandes inge-

nios que en la alborada romántica reanudaron la cadena de la tradición legendaria y dramática.

No será una corporación, una colectividad, una escuela, un partido, un establecimiento oficial, una institución privada, quien levante este monumento á la poesía española. España entera será, y con ella las naciones que ella trajo á la civilización y en quienes persisten su sangre, su lengua y su espíritu. A todos invitamos para que el monumento sea digno del genio poético de la España antigua, que vela sobre la tumba de Zorrilla.

Por el Ateneo de Madrid.—GUMERSINDO DE AZCÁRATE, *Presidente*.—MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO y MARQUÉS DE HOYOS, *Vicepresidentes*.—MANUEL GÓMEZ SIGURA y FRANCISCO CORTEJARENA, *Vocales*.—CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ, *Contador*.—MIGUEL MEDRANO, *Depositario*.—MANUEL





## EXPOSICION DE CHICAGO

- 1 Edificio del Gobierno. — 2 Departamento de Minas y Mineralogía,  
3 Edificio del Estado Massachusetts

ANTÓN, *Bibliotecario*.—MARQUÉS DE SEOANE, JOSÉ VICTORIANO DE LA CUESTA y DANIEL ITURRALDE, *Secretarios*.

LAUREANO FIGUEROLA, ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, SEGISMUNDO MORET y PRENDERGAST y GASPARD NUÑEZ DE ARCE, *Ex-presidentes*.—RAMÓN CAMPOAMOR, MARQUÉS DE VALLEJO, FERNANDO COS-GAYÓN, GABRIEL RODRÍGUEZ, JOSÉ ECHEGARAY, MARQUÉS DE CASTRO-SERNA, JOSÉ CANALEJAS, EUGENIO SELLÉS, MANUEL DEL PALACIO, MARQUÉS DE CASA-RIERA, EMILIO FERRARI y MARQUÉS DE CERRALBO, *Socios adjuntos*.

Por las Reales Academias.—EMILIO CASTELAR, *por la Española*.—EDUARDO SAAVEDRA, *por la de la Historia*.—SIMEÓN AVALOS, *por la de Bellas Artes de San Fernando*.—JOSÉ ECHEGARAY y EDUARDO SAAVEDRA, *por la de Ciencias exactas, físicas y naturales*.—EL VIZCONDE DE CAMPO GRANDE, *por la de Ciencias morales y políticas*.—MIGUEL COLMEIRO, *por la de Medicina*.—CARLOS GONZÁLEZ ROTHVOSS y LUIS ALBACETE, *por la de Jurisprudencia y Legislación*.

Por las Facultades de la Universidad de Madrid.—MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO y A. SÁNCHEZ MOGUEL, *por la de Letras*.—ALEJANDRO, SAN MARTÍN, *por la de Medicina*.—MANUEL ANTÓN *por la de Ciencias*.—JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO, *por la de Farmacia*.—RAFAEL UREÑA, *por la de Derecho*.

Escuelas especiales.—AGUSTÍN SARDÁ, *por la Normal de maestros*.—PEDRO MORENO VILLENA, *por la Superior de Comercio*.—FRANCISCO MOLINELLI, *por la Central de Artes y Oficios*.—JOSÉ ESTEBAN LOZANO y JOSÉ PARADA y SANTÍN, *por la de Pintura, Escultura y Grabado*.—MARIANO VÁZQUEZ y JESUS MONASTERIO, *por la de Música y Declamación*.—CAYO ORTEGA MAYOR, *por la Superior Diplomática*.—PERFECTO MARÍA CLEMENCÍN, *por la de Ingenieros de Minas*.

Institutos.—SALVADOR ARPA, *por el de San Isidro*.—NARCISO CAMPILLO, *por el del Cardenal Cisneros*.—ZOILO ESPEJO, *por el Agrícola de Alfonso XII*.

Ministros plenipotenciarios.—De los E. U. de Méjico, GENERAL RIVA PALACIO.—De la República Argentina, VICENTE QUESADA.—De la de Costa Rica, MANUEL PERALTA.—De la de Colombia, JULIO BETANCOURT.—De la Dominicana, JOSÉ LADISLAO DE ESCORCIAZA.—De la del Ecuador, ANTONIO FLOREZ.—De la de Guatemala, JOSÉ CARRERA.—De la del Uruguay, JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Por la Diputación provincial, CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

Por el Arzobispo, Obispo de Madrid-Alcalá, MANUEL GARCÍA MENÉNDEZ.

Por las Escuelas Pías de San Antonio, ANTONIO SANTONJA.—Por la de Aguirre, JOSÉ ONDOVILLA.—Por la de la enseñanza de la Mujer, JUAN A. GARCÍA LABIANO, ANGEL PULIDO y RICARDO BELTRÁN RÓZPIDE.

Por la Real Sociedad Económica Matritense, LUIS JAUREGUI.—Por la Geográfica, RAFAEL TORRES CAMPOS, EMILIO BONELLI y RICARDO BELTRÁN y RÓZPIDE.—Por el Fomento de las Artes, RAMIRO PÉREZ LIQUINANO y MARIANO DÍEZ FERNÁNDEZ.—Por la Institución libre de Enseñanza, RAFAEL MARÍA DE LABRA.—Por la de Escultores y Artistas, JUAN COMBA y GARCÍA.—Por el Centro Instructivo del Obrero, ANGEL PULIDO y JULIAN RODRÍGUEZ.

Prensa.—Por El Correo, JOSÉ FERRERAS.—Por la Correspondencia de España, CONRADO SOLSONA.—Por El Día, JUAN QUESADA.—Por La Epoca, CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.—Por El Globo, ALFREDO VINCENTI.—Por El Heraldo, CALIXTO BALLESTEROS.—Por La Ilustración Española y Americana, ANTONIO GARRIDO VILLAZÁN.—Por La Ilustración Nacional, SANUDO AUTRÁN.—Por La Justicia, RAFAEL ALTAMIRA.—Por El Liberal, LUIS MOROTE.—Por El Nuevo Heraldo, ANTONIO LLOPIS.—Por El País, RAFAEL GINARD DE LA ROSA.—Por El Resumen, AUGUSTO SUÁREZ DE FIGUEROA.—Por El Tiempo, GUILLERMO RANCÉS.

Círculos.—Por El Artístico Literario, JOSÉ JACKSON VEYÁN.—Por el de Bellas Artes, BERNARDO RICO y AURELIANO DE BERUETE.—Por el de la Bolsa, MARIANO ORDÓÑEZ.—Por el Centralista, JOSÉ MANUEL PIERNAS.—Por el Centro Militar, RICARDO GARCÍA y JULIO SUÁREZ LLANOS.—Por el Círculo Federal, ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.—Por la Gran Peña, MANUEL PUJOL.—Por el Círculo Liberal, FRANCISCO MORENO LÓPEZ y PABLO RUIZ DE VELASCO.—Por el de La Unión Ibero-Americana, SANTIAGO VANDERVILLE y EL CONDE DE LAS NAVAS.—Por el de La Unión Mercantil, FERNANDO SEVILLA y MANUEL SAINZ.—Por el Veloz-Club, EL CONDE DEL CAZAL.—Por el Casino de Madrid, ENRIQUE SANTOYO.



## NUESTROS GRABADOS

**Manuel E. Echezuría**

No hace muchos años, cuando aún podía dar de sí abundante fruto, desapareció del mundo el señor Manuel E. Echezuría, uno de los fundadores de la fábrica de cigarrillos "El Cojo" cuyos talleres han dado posteriormente cabida á las diversas industrias que hoy constituyen el objeto de esta empresa. Inteligente, laborioso y activo en sumo grado logró Echezuría que bajo su acción cobrase "El Cojo" notable desarrollo. Penetrado de la importancia y porvenir de las industrias en un país nuevo como el nuestro, considerable impulso hubieran ellas recibido de aquella naturaleza dotada de condiciones especiales para el caso, si la muerte no hubiese venido á poner temprano término á su vida.

Séanos permitido tributar á la memoria del fundador de la empresa "El Cojo" un homenaje de afecto y de justicia, publicando su retrato en nuestras páginas.

**Pbro. Doctor Miguel A. Espinosa**

Frescas están aún las flores que cubren la tumba de este inolvidable ministro del Santuario. ¿Quién no tuvo ocasión de admirar su poderosa inteligencia? La prensa católica perdió en él una columna fuerte y la iglesia un valiente defensor.

El COJO ILUSTRADO publica hoy el retrato del Doctor Espinosa, como un respetuoso recuerdo á aquelpreciadísimo levita.

**La Electricidad**

Próximos están los días en que la chispa eléctrica llene para la ciudad de Caracas la solución comprendida entre el ocaso y el alba. Natural es que se tribute á la luz eléctrica, á la luz del siglo XIX, el homenaje de entusiasmo, en el que tomamos parte con la reproducción de la bella alegoría de Kandler que en la página 319 publicamos.

**Ferrocarril de Guanta**

Nueve vistas ofrecemos hoy del ferrocarril que pone en comunicación á la importante ciudad oriental de Barcelona con el puerto de Guanta. En otro lugar se encontrarán los apuntes que publicamos sobre esta importante línea férrea.

**En el bosque. Antes del baño**

La belleza es una, con manifestaciones diversas, por eso tanto nos conmueve cuando la armonía nos deja entrever esa hermosísima unidad. De la belleza de la mujer en el seno de la bella naturaleza se desprende tan rica armonía que siempre encuentra en ello el arte novedad, con ser tan viejo el tema.

En el grabado de la página 321 hallamos un verdadero motivo de confirmación de lo que dejamos dicho.

**Exposición de Chicago**

Como ilustración á todo lo que aquí se ha publicado respecto de la exposición que tiene efecto en la gran ciudad norteamericana, publicamos algunas vistas de sus espléndidos edificios. No necesitan los grabados de especiales explicaciones, desde que muy detalladas y precisas corren en periódicos del país y extranjeros que aquí circulan profusamente.

**Antiguos tipos populares**

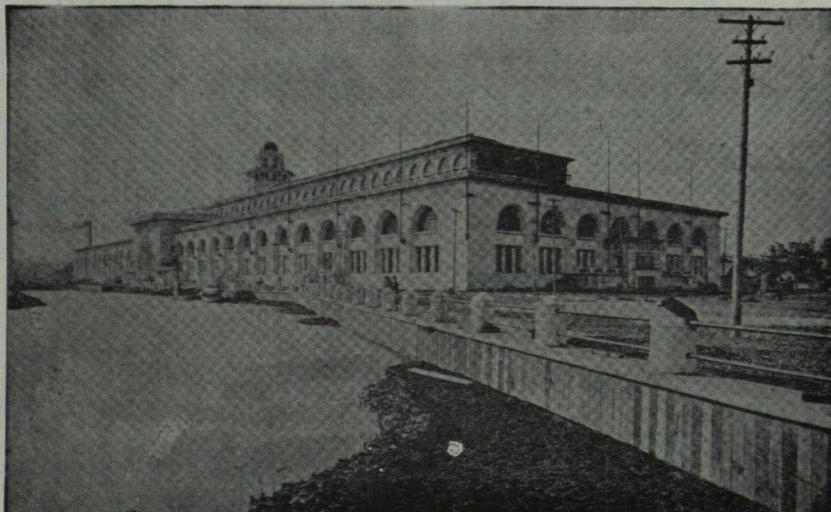
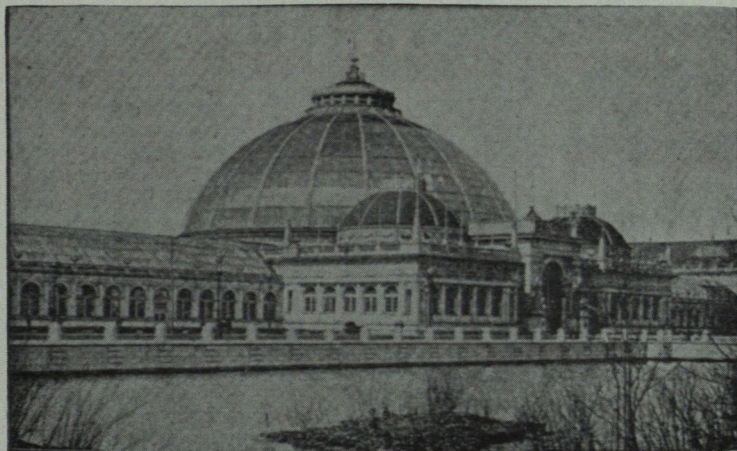
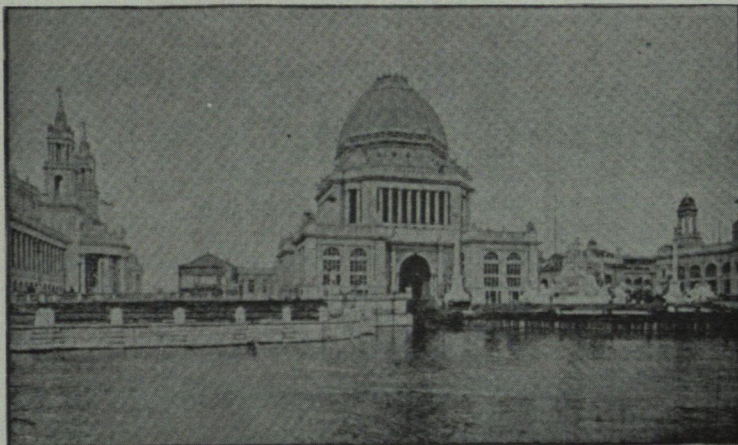
Ahí está Natividad, el chocolatero, con sus inseparables compañeros Papito y Mamita, los perros que formaban parte de su personalidad callejera. Ahí, donde ustedes le ven, está de seguro recomendando su chocolate y tronando contra los extranjeros que, según él decía, venían á llevarse la plata del país.

**Música**

En el Suplemento del número 40 de EL COJO ILUSTRADO publicamos una bella producción de la señorita AMELIA PÉREZ DUPUY quien nos honró con los originales de su obra.

La señorita PÉREZ es pianista de las más notables que poseemos: tiene ya muy educada técnica y observa al tocar todas las sanas reglas de una correcta interpretación musical. Recordamos haberla visto dominar con suma facilidad las serias dificultades que tiene Liszt en su *Rackoz y March*; las no menos insuperables del Estudio á *manos invertidas* de Kessler, é interpretar con delicado gusto y maestría de artista consumada las bellezas sin par que encierra la *Balada en Sol menor* del poeta Chopin.

¿Qué decir á la señorita PÉREZ? En primer término manifestarle nuestra gratitud por su inapreciable obsequio, y desear que vengan á EL COJO ILUSTRADO, cual lluvia de beneficios, las subsiguientes creaciones de su numen; y en segundo lugar, excitarla á que no ceje en su propósito de conquistar como pianista el alto puesto á que es acreedora por sus talentos y contracción al estudio.

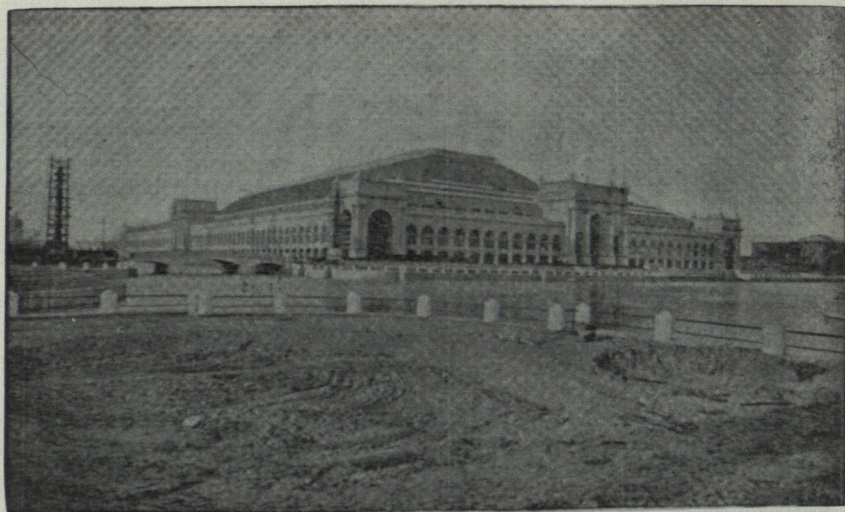


EXPOSICION DE CHICAGO

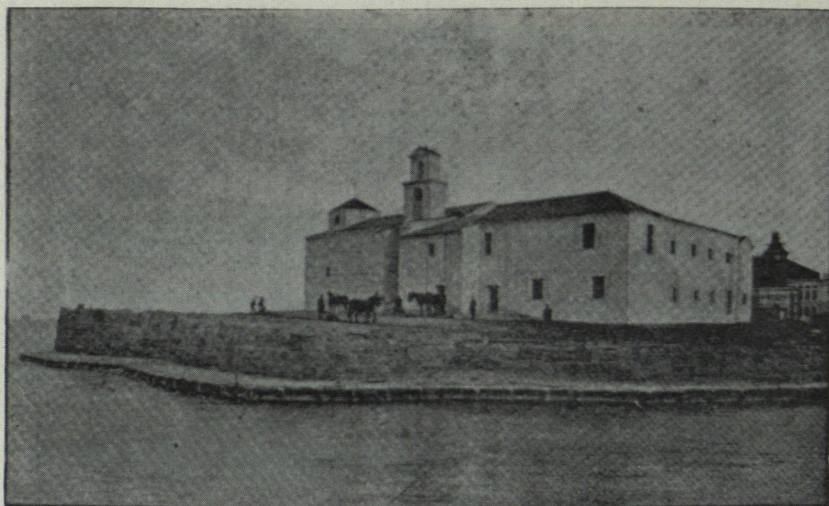
1 Edificio de la Administración.—2 Departamento de Horticultura.—3 Edificio de Transportes



1



2



## EXPOSICION DE CHICAGO

1 Edificio de Manufacturas. — 2 Convento de la Rábida

## REVISTA DE LA QUINCENA

El ferrocarril de Caracas á Valencia ha dado un paso más, con el cual ha puesto no diré el pie, sino las ruedas en los fértiles y pintorescos valles de Aragua y una pica en Flandes, porque de ahí en adelante la cosa irá como por sobre rieles, vencidas como están las mayores dificultades del camino. Al encuentro de la locomotora que deja las faldas de Avila para correr como zapador del progreso á la Victoria, viene la que partiendo de la histórica Valencia bordea por la parte norte el Tacarigua. Que pronto el silbato de una y otra al hallarse frente á frente, salude el venturoso instante en que por la rápida comunicación se hagan vecinas las dos principales ciudades de Venezuela.

\*

¿Han oído ustedes alguna vez que en algún pueblo de la tierra se haya realizado el prodigio de que los habitantes vivan sin aire? ¿No? Pues un prodigio no menos sorprendente se está efectuando entre nosotros los venezolanos, los que de tiempo atrás parece que tenemos privilegio de invención para llevar la vida sin las cosas que le son cuasi esenciales.

No hablo del descubrimiento ya viejo de vivir sin libertad, ni del no menos nuevo de vivir sin Dios ni ley.

Cuántos pueblos han vivido y aún viven de ese modo, si es que por vida se entiende el existir.

Ni me refiero al sistema de vivir sin comer, cuyo hallazgo pertenece al Doctor Tanner.

Todo esto podrá ser muy raro y sorprendente pero no le llega á los tobillos al prodigio de que voy á hablar á ustedes.

Así como es de absoluta necesidad el aire para la vida animal, hay una cosa también absolutamente necesaria para la vida económica de un pueblo, el aire, digámoslo así, que penetra á los pulmones del cuerpo social como agente esencialísimo para la circulación de la sangre de ese cuerpo, para la circulación del dinero, ó más propiamente de los valores.

Nosotros estamos realizando el prodigio de vivir sin aire, desde que hemos descubierto la manera de vivir sin crédito.

Entiéndase bien que tomo el vocablo en su sentido económico, no en el que vulgarmente se le aplica.

La confianza es la condición esencial del crédito, el crédito es la condición esencial de la vida económica. Ahora, dígame: ¿Vivimos sin aire?

Entiéndase bien, asimismo, que para nada me refiero al crédito de la nación: me contraigo únicamente á la observación del fenómeno en nuestro movimiento económico privado, donde la desconfianza ha sentado sus reales de tal suerte, que el dinero duerme en las arcas sin despertar para otra cosa que para cederle el puesto á la escritura que garantiza la vuelta del valor á su lugar, respondiendo de ello la casa de mampos-tería asegurada contra incendio y contra tem-

blores y que puede venderse á la vuelta de la esquina por un valor décuplo del que garantiza.

Con esto hemos realizado también otro descubrimiento de no escasa importancia para las ciencias físicas. Hasta ahora no sabíamos sino del imán que atraía al acero. Ahora sabemos que aquí al oro no lo atrae sino la mampos-tería.

Ya se vé que para descubrimientos nos pintamos solos. Para descubrimientos y para todo, por lo poco que nos importa el cómo nos pinten los demás.

Pero como todo tiene su *contra*, según el dicho vulgar, los caballeros de industria son la *contra* de la desconfianza y los vengadores de la honradez desamparada. Ellos se encargan de hacer pasar por sobre puente de flores el dinero de las arcas de la desconfianza á los bolsillos de los empresarios de coches y de los dueños de cantinas y á alimentar el derroche de las mujeres entretenidas.

De suerte, pues, que en este nuestro vivir sin aire, cuando todo el mundo se asfixia, el caballero de industria sopla.

Por eso se multiplican.

\*

No sé si las ideas emitidas en el suelto anterior me las ha sugerido la elevación de la temperatura en estos días. El hecho es que nos ahogamos.

Estamos, como decía cierto loco, sitiados por mar y bloqueados por tierra.

La idea del agua es la primera que brota en el cerebro de todo el que está sometido á una temperatura de 28 grados, tanto más cuanto que toda la que contiene el cuerpo se escapa por los poros. Cada gota de sudor en estos días es del tamaño de un aguacate. Pero ¿quién puede pensar en el agua? ¿A quién se le ocurre la absurda pretensión de beber agua? Ahí es nada! conqué. . . . . ¿agua? espérense ustedes un poco, nada más que unos días, los necesarios para que llegue por el próximo vapor americano la pedida á los Estados Unidos por algunas casas importadoras. Eso sí, carilla les va á costar, no tanto la de las primeras importaciones como la que venga después que se alore la mercancía en octava clase, como lo requiere el sistema proteccionista.

\*

Un descarrilamiento del tranvía Bolívar que puso en peligro á los pasajeros, una de tiros y palos por el Camino Nuevo de que resultaron muertos y heridos, un coche llevado á rastras por el caballo desbocado cerca de Santa Teresa con su cortejo de fracturas etcétera, todo esto ocurrió en el espacio de media hora en la tarde del último domingo. Calcule el lector el grado de tensión nerviosa de los que presenciamos algo de cada accidente y juzgue si se hacía necesario ir después á buscar un poco de calma y de fresco debajo de los árboles de la plaza Bolívar. Así lo hicimos, escogiendo para el caso uno de los bosquecillos del oeste, donde nos instalamos cómodamente en nuestras mecedoras, es decir, no en las nuestras, en las de la empresa de sillas; porque han de saber ustedes que, como todo está sometido á la ineludible ley del mejoramiento progresivo, no podían eximirse de tan benéfico influjo las sillas de la Plaza Bolívar, las cuales, en virtud de la propia ley, se han trasformado con el uso en cómodas mecedoras; sólo que debe uno servirse de ellas con cierta precaución, singularmente sobre el pavimento de mosaico. En los bosquecillos no importa; allí puede uno mecerse á sus anchas, porque no es desagradable caer sobre la blanda alfombra de mulled césped. Eso sí, debe ponerse atención al escoger el sitio para el caso de caída, ya que Pedro Urdemales parece complacerse en elegir los mencionados bosquecillos para repetir su famoso chiste del pájaro y el sombrero. No necesito hacer más indicaciones: el peligro se denuncia por sí mismo, como que no es la vista el único sentido que poseemos para percibir las cosas dotadas de condiciones suficientes á revelar por diversos modos su existencia.

\*

El Ateneo de Caracas continúa sus trabajos preparatorios, suspendidos hasta ahora, y pronto se instalará solemnemente. Pronto, pues, estará en actividad este cuerpo docente de incuestionable utilidad para el público, desde que para él serán las conferencias de la mencionada academia.

Tendiendo á un objeto de trascendencia tanta como es la propagación de los conocimientos científicos y literarios por un sistema cuya eficacia es universalmente reconocida, el Ateneo de Caracas está llamado á prestar servicios de alta importancia á la instrucción pública, objeto en todas partes de especialísima atención por parte de gobernantes y gobernados, como que ello determina necesariamente el movimiento general hacia la realización de todos los ideales de un pueblo que



justamente aspira á conquistar, para lucirlas junto con las de gloriosas tradiciones, las preceas de la civilización.

\*

El gran cuadro que representa el Congreso de Angostura, ejecutado en Dresden por el pintor Erwin Oehme por encargo del Gobierno de Venezuela, dormía arrollado y expuesto á perderse en un local interior de la Universidad. Débese á los esfuerzos del señor Martín Zuloaga y Tovar, el que aparcibida del caso la primera autoridad del Distrito, dispusiese que el lienzo fuese llevado á uno de los salones del Palacio Federal, donde, prensado ya en el bastidor, será reparado de los afortunadamente escasos desperfectos que ha sufrido y quedará listo para ser colgado donde el Gobierno disponga.

Las figuras están bien agrupadas, circunstancia que favorece el éxito de la composición. El colorido es en partes frescos y apropiado, como en la vegetación, y en partes violento y sucio, bien que el tono general es suave y grato. Hay graves faltas á la verdad histórica, prueba de que el artista, además de ser extranjero, no se proveyó de todos los datos necesarios.

A pesar de estos defectos la obra es buena y merece que se la coloque bien.



## EL PESCADOR DE ISLANDIA

### Continuación

En sus conversaciones entre murinos, todos ellos afirmaban la misma opinión, de una manera breve y segura, como cosa bien conocida de cada cual; lo que no les impedía sentir una aprensión vaga de los fantasmas, un miedo supersticioso de los cementerios, una confianza extrema en los santos é imágenes que protegen, y sobre todo, una veneración innata hacia la tierra bendita que rodea las iglesias de su país.

He ahí por que Juan temía por sí mismo perecer en el mar, como si en sus abismos la muerte fuese más la desaparición de todo, y por que se desesperaba más sombríamente á la idea de que Silvestre reposaba en aquella tierra lejana que él nunca había pisado.

Aquel día no se veían por parte alguna tonos rosados de aurora; todo era lívido y triste.

Las lágrimas de su agreste amigo, y la gran melancolía de las cosas, eran el aparato de duelo desplegado en honor del pobre héroe oscuro, sobre aquellos mares de Islandia donde había pasado la mitad de su vida.

\*\*\*

Cuando vino el pleno día, Juan enjugó bruscamente sus ojos con la manga de su camiseta de lana, y cesó de llorar, pareciendo absorberse por completo en el trabajo de la pesca, en el vaivén monótono de las cosas reales y presentes.

Los brazos de todos los tripulantes bastaban apenas para recoger la multitud de peces que picaba en los anzuelos.

En torno de la *María*, en los fondos inmensos del cuadro, verificábase ahora una nueva mutación rápida, como en los teatros donde se hacen funciones de magia. El gran desarrollo de infinito del amanecer había terminado, y ahora, por el contrario, los términos lejanos parecían estrecharse, replegarse sobre sí mismos. El horizonte, poco antes desmesurado, veíase ahora muy cerca, limitando considerablemente el espacio. Llenábase el vacío de velos tenues que flotaban, vagos los unos como vapores; de contornos franjeados los otros. Veíase caer flojamente, en un gran silencio, como muselinas blancas sin peso alguno, que por todos lados iban cerrando el espacio con una inmensa cortina.

Era la primera bruma de agosto que se levantaba. En algunos minutos el blanco sudario se hizo uniformemente denso, impenetrable; en derredor del barco no se distinguía ya más que una palidez húmeda, en la que casi se perdían los perfiles de la arboladura.

Los tripulantes de la *María*, como todos los pescadores islandeses, conocían de antiguo la bruma, compañera inevitable del segundo período de la estación de pesca, que les anunciaba la época del próximo retorno á Bretaña.

La pesca marchaba superiormente; nadie ha-

blaba, para atender mejor á sus anzuelos. A cada instante sentíase caer á bordo gruesos bacalao, que se agitaban rabiosamente sobre las tablas de la cubierta, golpeándolas con la cola; todo estaba salpicado de agua del mar y de finas escamas plateadas que se desprendían del cuerpo de los peces en sus movimientos desordenados. El marinero encargado de abrirles el vientre con su gran cuchillo se cortaba los dedos en su precipitación de dar abasto al trabajo, y su sangre roja se mezclaba á la salmuera de los barriles.

### XXVII

Por espacio de diez días estuvieron envueltos en la bruma espesa, sin ver nada. La pesca continuaba siendo buena, y la actividad del trabajo no dejaba paso al aburrimiento.

De vez en cuando uno de los marineros soplabla en una trompa de cuerno, de donde salía un bramido análogo al de un animal salvaje. A veces, del fondo de las brumas blancas salía otro bramido lejano, que respondía al de la *María*. Entonces redoblábase la vigilancia. Si el ruido se aproximaba, todos los oídos se tendían hacia aquel vecino desconocido, que no podían distinguir en la cerrazón de la niebla, pero cuya presencia cerca de ellos constituía un peligro. Hacían entonces conjeturas sobre él; convertíanlo en una ocupación, en algo que les distraía, y los ojos de todos se esforzaban

ansiosamente por penetrar las impalpables muselinas tendidas en el aire.

Luego, sentíase que el vecino desconocido se alejaba; los bramidos de su trompa se extinguían poco á poco hasta perderse, y volvían á encontrarse solos, en el silencio de aquel infinito de vapores móviles.

Cada mañana se echaba un sonda para conocer la altura de las aguas, por temor de que la *María* se aproximase demasiado á los vajos de la isla de Islandia; pero todos los cordeles de á bordo, atados unos á otros, no conseguían tocar al fondo del mar. Estaban, pues, *al largo*, flotando en aguas profundas.

Juan había recobrado sus maneras habituales de ser, como si no le hubiera pasado nada: hasta se mostraba comunicativo alguna que otra vez, y aún solía acontecerle, por la noche, cuando estaban sentados á la mesa en la estrecha camarera presidida por la Virgen de barro, reír de las cosas graciosas que referían los otros.

Pero eran raros estos casos. Tal vez pensaba un poco en aquella Gaud, rica antes, pobre y abandonada ahora; quizá también le pesaba el recuerdo del amigo querido, cuyo luto llevaba en el fondo de su corazón.... Aquel corazón de Juan era una región virgen, difícil de gobernar, poco conocida, en la que pasaban cosas que nunca se revelaban al exterior.



### EXPOSICION DE CHICAGO

#### Grupos en el Edificio de la Agricultura



Una mañana, hacia las tres de la madrugada, mientras soñaban tranquilamente bajo su sudario de bruma, oyeron como un rumor de voces humanas, cuyo timbre parecían extraño y desconocido.

Los que en aquel momento estaban sobre el puente se miraron unos á otros, preguntándose con la vista:

—¿Quién es el que ha hablado?

Nadie había pronunciado una palabra: era indudable que las voces venían del exterior.

Entonces, el encargado de tocar la trompa de aviso, que había descuidado sus funciones desde unas horas antes, se precipitó sobre su instrumento, en el que se puso á soplar con toda la fuerza de sus pulmones.

Y como si aquel sonido salvaje hubiera sido una evocación, una gran sombra imprevista se dibujó amenazadora delante de ellos en el denso cortinaje de brumas, y pudo verse que la sombra tenía arboladura, vergas, jarcias: todo un contorno de buque que se había dibujado súbitamente en el aire, como esas fantasmagorías que crea la reflexión de una linterna mágica sobre un lienzo extendido. Y á bordo de aquel barco, inclinados sobre la obra muerta, casi tocándose, habían otros hombres que les miraban con ojos muy abiertos, en un brusco despertar de espanto y de sorpresa.

Los tripulantes de la *María* se apresuraron á coger remos, bicheros, palos de repuesto, todo lo que hubieron á mano, para tener á distancia á aquel peligroso visitante que se les echaba encima. Y los otros, presa del mismo temor, alargaban por su parte análogos utensilios para rechazar el casco de la *María*. Pero no hubo más que un ligero crujido en las vergas, encima de sus cabezas, y los aparejos, un instante enganchados, se desprendieron instantáneamente el uno del otro por sí mismos, sin que se produjera la menor avería. El choque había sido tan suave, tan débil, que hubiérase creído que aquel otro barco no era una masa sólida, sino desbalazada y sin peso.

Entonces, pasada la primera impresión de temor, los marineros de ambas embarcaciones prorrumpieron en risas, reconociéndose unos á otros.

—¡Ah de la gente de la *María*!

—¡Ah de vosotros!

—¡Hola, Gaos, Laumec, Germeur!

La aparición era la *Reina Berta*, capitán Lawoer, también de la matrícula de Paimpol, y todos los que la tripulaban eran amigos y conocidos de la *María*; gente de Ploudariel, de Ploures ó de Plounerin.

—¿Por qué diablos no tocabáis vuestra trompa, ható de brutos?—decía Lawoer.

—¿Y por qué no tocabáis vosotros la vuestra, banda de piratas?—contestaba Germeur, bromeando con su colega de la *Reina Berta*.

—¡Ah! en cuanto á nosotros..... es diferente: nos está prohibido hacer ruido.

Lawoer dió esta contestación con un aire de misterio, y acompañándola con una sonrisa tan extraña, que más de una vez los de la *María* hicieron comentarios sobre ella.

Y en seguida, como si temiese haber dicho demasiado, agregó esta otra broma:

—La trompa nuestra la ha reventado este animal, á fuerza de soplar en ella.

Y señaló á un marinero que parecía un tritón puesto de pie, demasiado bajo y demasiado ancho, con unas piernas muy cortas, y un aspecto á la vez grotesco y siniestro en su forzada deformidad.

La conversación se generalizó entre los tripulantes de los dos barcos, mientras llegaba un soplo de brisa que los apartase uno de otro. Se veían como á través de gasas blancas, y hasta el ruido de las voces, con estar tan cerca, llegaba á sus oídos como lejano y amortiguado.

Mientras tanto, Juan no podía separar sus ojos de uno de aquellos pescadores, un viejecillo pequeño, á quien estaba seguro de no haber visto jamás en ninguna parte, y que, sin embargo, le había dicho en seguida con un aire de antigua intimidad:

—¡Hola, Juanote!

El viejecillo aquel tenía la fealdad irritante de los micos, con sus guiños de malicia en sus ojos de mirada penetrante.

—A mí me escriben—decía Lawoer, el patrón de la *Reina Berta*—la muerte del nieto de la vieja Ivona Moan, de Ploubazlanec, que estaba en la escuela de China. ¡Qué lástima de muchacho!



(Colección de antiguos tipos populares de Caracas)  
NATIVIDAD EL CHOCOLATERO

Al oír esto, los de la *María* se volvieron hacia Juan como preguntándole si tenía conocimiento de la desgracia.

—Sí—contestó con voz sorda y afectando un aire altanero é indiferente;—me lo decían en la última carta que recibí de mi casa.

Le irritaba la curiosidad de los otros por saber hasta qué punto le había hecho impresión la muerte de su mejor amigo.

También me dice mi mujer—continuaba Lawoer—que la hija del señor Mével ha dejado la ciudad para habitar en Ploubazlanec y cuidar á la vieja Moan, su parienta lejana: ahora trabaja, y va á coser á las casas para ganar su vida. Siempre he tenido la opinión de que era una muchacha honrada y animosa, á pesar de sus moños y de sus humos de señorita.

Nuevamente se dirigieron todas las miradas á Juan, que se puso muy encarnado.

La apreciación de Lawoer sobre Gaud terminó la conversación con las gentes de la *Reina Berta*, á quienes ningún ser viviente debía volver á ver jamás. Un soplo de la brisa alejó los dos barcos, y la *Reina Berta* desapareció bruscamente entre la bruma, como se borra una sombra chinesca cuando se apaga la lámpara del trasparente. Los de la *María* se despedían de ellos á grandes voces, pero nada respondía á sus gritos más que una especie de clamoreo burlón, terminado por un gemido que les hizo mirarse con sorpresa.

Aquella *Reina Berta* no regresó al puerto con los demás barcos islandeses. Y como quiera que otro barco, el *Samuel Azénide*, encontró en un fiord su castillo de popa con un pedazo de quilla, renunciaron á esperarla más: en el mes de octubre, los nombres de todos los que la tripulaban fueron inscritos sobre placas negras, incrustadas en las paredes de la iglesia.

Pero lo extraño era que desde aquella última aparición, cuya fecha retuvieron bien los pescadores de la *María* hasta la época del regreso, no había reinado en los mares de Islandia ningún mal tiempo peligroso, mientras que, por el contrario, tres semanas antes, una borrasca del Oeste había arrebatado varios marineros y hecho zozobrar dos barcos. Recordaron entonces los

traños incidentes del encuentro y la sonrisa misteriosa del patrón Lawoer, cosas que dieron materia á muchas conjeturas. Más de una noche Juan creyó ver en sueños al marinero que guiñaba los ojos á la manera de los micos, y todos los navegantes de la *María* tuvieron por cosa cierta que aquella mañana estuvieron hablando con apariciones del otro mundo.

## XXVIII

Avanzaba el estío, y las brumas de fines de agosto trajeron consigo el regreso de los islandeses á sus puertos de Bretaña.

Tres meses hacía ya que las dos pobres mujeres abandonadas habitaban juntas, en Ploubazlanec, la cabaña de los Moan.—Gaud había ocupado la plaza de hija en aquel pobre nido de marinos difuntos, y trasladado á su nueva morada todo lo que había quedado exento de embargo: su cama, colgada y arreglada á la última moda, y sus vestidos. Ahora iba de negro con un traje que se había hecho ella misma, más sencillo que los de antes, y usaba, como la abuela Ivona, una cofia de luto.

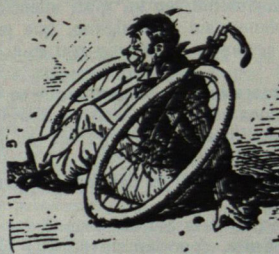
Continuará



Voy á gozar



Estoy gozando



Me gocé!



## EN HONRA DE VENEZUELA

Del periódico *Patria*, de Nueva York, tomamos el siguiente artículo, digno de la gallarda pluma de su autor, D. José Martí.

## UN POEMA CUBANO

## "LOS ARABESCOS DE EDUINO"

POR

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

De Venezuela, donde nació América; donde un cura liberal, de un rayo de la palabra, abrió en dos y echó al mar la corona española; donde Bolívar, que engendró un mundo, pensó en redondearlo con la libertad de las Antillas, peligro y rémora del continente y de la paz universal mientras continúen esclavas; donde peleó Páez, el más épico y original de los héroes americanos, que quiso remozar su vejez en la batalla por la independencia de Cuba; donde la madre desolada guarda aún la carta que del campo cubano le escribió el hijo querido, que de la riqueza de Caracas se fué a morir por Cuba infeliz; de Venezuela, y de uno de sus mejores hijos, le viene ahora a Cuba un valioso regalo. Cubano es el poema: y ¿por qué no hemos de decir, con esta ciudadanía en que ardemos todos, que es cubano el autor? ¿no sangra él, como la madre de su poema, por los dolores de la tierra mísera, la tierra que ya se alza sobre el codo, se aprieta la cintura y vuelve a ver el cielo? ¿no es el autor hermano glorioso de aquel Eduardo Calcaño, que con las estrofas de su prosa vehemente, calzadas como las lanzas de acero bruñido, y con su discurso de oro encendido, avivó el valor y flageló la cobardía, en tiempo de Zambrana, de Piñeyro y de Sanguily, de los cubanos de la primera guerra? ¿No es honor de América, por la médula de su verso y la ternura de su corazón, José Antonio Calcaño el poeta piadoso de "Los Arabescos de Eduino"?

De alma muy fina, y de heroísmo doméstico, es el poema de José Antonio Calcaño, que halla a la lengua castellana en América, empleo más digno que el de servir de colchón y calzapollo a sus dominadores: — ¡hay hombres hechos, por su ruin natural, para que se acuesten sobre ellos, Cavas perpetuas de felices Rodrigues, y otros para ponerse delante, con la luz de su virtud y el orgullo de su libertad, y echarlos, tapándose el bochorno, por las entrañas de la tierra! ¡hay quien le lleve al señor todos los días, para que se bañe al despertar, la palangana servil, llena de la sangre de su tierra! Y hay también, aunque no sea de cuna cubana, quien recuerde lealmente, en poesía amiga y delicada, el sacrificio que suelen negar hoy, en los demás, por fatiga ó aberración, los mismos que fueron héroes de él.

Cuenta el poeta la historia triste de Eduino en romance dramático, realzado por ideas de honda belleza, y de hermano ó de padre, como rubíes ó zafiros en filigrana de oro.

En New Brighton, cerca de Liverpool, vivían cuando la guerra, los padres de Eduino, y el niño acababa de nacer; vivían tranquilos — cuanto por climas extraños — cabe a las aves sin nido. De fuego de sol era la madre bella, y lo que cantaba "siempre" eran "canciones de Cuba": "mas tal al cantar lloraba — que dudo si al tiempo mismo — que consolaba su ausencia — no dolaba su martirio." Y un día se quedó la casa sola; el padre halló a unos cubanos, que le hablaron de la ocasión de ir a la guerra y del *Virginius* que salía; les dio promesa de ir: "¡oh, Cuba, adorada Cuba!" la mujer, acobardada un instante, le echa, antes que la que le puso pronto la muerte, la corona de sus brazos; el vapor se va, con el cubano fiel; pasa el vapor, humeando, por frente a la casa viuda: no se ve ni se oye nada: "un pafuelo blanco a bordo — y en los balcones un grito: — "Cuba, Cuba, tú no sabes — los dolores de tus hijos"

No volvió el padre: cayó en el *Virginius*.

Entonces no es, sino diez años más tarde, cuando se ve el dolor del poeta; cuando la madre "desierto el mundo," pobre el vestido y la casa, sólo para el muerto y para Eduino vive, y exacerbada ó hundida

ya son de muerte sus ayes,  
ya son de rayo sus ímpetus.

Y él, de diez años, "festivo y angélico" todo lo borda con la pluma artística; á besos echa la angustia de la frente de su madre; acaso su risa alegre hiere y extraña el desolado corazón; baja él con la madre al mísero jardín, ó la acompaña, por las tardes de verano, á respirar el aire de la mar, de la mar que se llevó al padre que no ha vuelto; y la casa, llénala de dibujos, ya clavados con orgullo á las paredes de su cuarto, ya en los márgenes de diarios y revistas, ya en cuanto hueco halla á mano, que por todas partes se ven "los arabescos de Eduino," hasta que un día, cuando la madre retorna "exasperada"

con la dureza del hombre  
con el rigor del destino

cuando vuelve, quizás de extender la mano en balde, á la casa menesterosa, halla abierta sobre la mesa, como infausto cumplimiento, el libro de rezos que el esposo al partir le dejó por memoria, y donde el pobre niño ha floreado, con lazo de más pétalos y cintas que todos los suyos, las iniciales de sus padres, la madre, airada de que otra mano desfigurase el recuerdo último, lanza el libro á su niño sonriente, que herido por el canto de bronce, se va al cuarto sangrando!

Y por toda la escalera  
La llevó el sangriento hilo  
Como una mano de hierro  
Hasta la alcoba del niño.  
Lo que sintió al ver sus manos  
Y su rostro en sangre tintos,  
Sólo alcanzarlo pudiera  
La santa madre de Cristo:  
Y con ser tal su desdicha  
Que aún la lamentan los siglos,  
No fué la de hacer su mano  
Correr la sangre del hijo!

Después ¿á qué los cuidados? ¿á qué besarle con lágrimas las manecitas, que señalan á la pared, pidiéndole que rompa todos los dibujos? ¿á qué celebrarle arrependida "los dibujos lindos," y aquel "obsequio de él," y llamarse vil? ¿á qué echarle, en las manos para siempre caídas, pinturas en montón, y papeles y lápices? Eduino

Estaba siempre en silencio  
A su regazo acogido  
Como se echa bajo un olmo  
Con su dardo el cervatillo.

Y se desvanecía, con la cabecita vendada. Y una noche

Tomó la mano á su madre  
Y dió el último suspiro . . .

Y el poema acaba, y la madre:

¡Cómo vivir ya esa madre  
Desolada en tal recinto  
Sordo el cielo, el hijo muerto,  
Y el remordimiento vivo! . . .  
Pero el más pronto descanso  
Lo da el más grande martirio:  
Sucumbió, la hallaron muerta,  
Y el cuerpo rígido y frío,  
De rodillas contra el lecho  
Y los labios sobre el libro  
En la página en que estaban  
Los arabescos de Eduino.

De lauros está cubierta la mesa donde escribe sus versos, en el reposo de la justa fama, el poeta más castizo de Venezuela. En "Los Arabescos" como en todo lo suyo, luce la lengua su música y color; realza con el ritmo esmerado, y el súbito chispazo de poesía, la narración corriente, y une á estos méritos el de la viveza dramática á que en América no puede dar vuelo el verdadero artista, por no hallarle campo natural sino en la época embrionaria, de indios y conquistadores, poco vulgar aún para que interese y mueva su grandioso drama. ó en el teatro, aún no bien desbrozado, de la guerra de independencia, manantial futuro de creaciones, ó en la vida social contemporánea, todavía en nuestra

América vacilante é informe, que en la escena se habría de expresar con la indecisión é hibridismo que quitan beldad y permanencia á la obra de arte. Drama visible parece, más que poema, el romance de Calcaño. Pero su movimiento y realidad, con ser muchos, no es lo que más debe celebrarle un cubano, ni el señorio sobre la lengua, que él guía y revuelve como ginetes generosos un caballo de rico jaez; sino la ternura, de hermano ó de padre, con que recuerda los sacrificios callados de Cuba, los sacrificios de que Cuba no se ha cansado aún, y aquella voz del alma con que grita, para castigo de olvidadizos y consuelo de héroes ignorados:

¡Cuba, Cuba, tu no sabes  
Los dolores de tus hijos!

En la portada lleva el libro, en lazo estrecho, una pluma y una espada, y al rededor una corona de laurel.

## A MI MUJER

En la mañana de ayer  
Tu cartita recibí,  
Que, desde luego, leí  
Con indecible placer.

De tu salud me noticias,  
Por la cual yo me desvivo,  
Y así, tu carta recibo  
Cual se reciben albricias.

Verdad es que á mí me duele  
Que estés fuera de mi lado.  
¿Qué hacer?.....Estoy resignado  
Aunque tu ausencia me amuele.

Has de saber, buena Trina,  
Que me encocora tu ausencia,  
Por más que la conveniencia  
En pro de la ausencia opina.

No hay palabra que esté llena  
De lo que quiero expresarte,  
Ni puedes imaginarte  
Cuánto tu ausencia me apena.

Ausente tú, pienso en tí;  
Me haces falta, si te vas;  
Me haces falta, si aquí estás,  
Aunque sé que estás aquí.

Y no es extraño! En la ausencia,  
Interdicción del cariño,  
Me faltan, tal como al niño,  
Los mimos y la querencia.

Porque yo, por más que ladre,  
Echándola de valiente,  
No soy, cuando estás ausente,  
Sino un muchacho.....sin madre;

Pues de tal modo enlazada  
Está tu alma á la mía,  
Que sin tí, no hallo alegría,  
Que sin tí, yo no soy nada.

Y á pelo el proverbio viene,  
Antiguo — no sé de quien —  
"No se aprecia mucho el bien,  
Sino cuando no se tiene."

Algo hay de cierto, convengo,  
En esa citada especie,  
No porque el bien yo no aprecie,  
Sino porque no le tengo.

Mas si no lo tengo ahora,  
Sé que lo he de recobrar  
Y que conmigo ha de estar  
Hasta mi última hora.

Lo estimé cuando lo tuve,  
Y lo estimo sin tenerlo:  
Igual placer siento al verlo,  
Que al ver un cielo sin nube.

Así, declaro, soberbio,  
Y con atrevido labio,  
Que yo no juzgo muy sabio  
Eso que reza el proverbio.

Eres mi bien ¿Quién lo duda?  
¿Ni quién duda que lo estimo?  
Un bien que con cada mimo  
Más y más mi amor anuda!

Pierdo en tu ausencia la calma  
Y ni aun sé lo que deseo;  
Eso, porque no te veo,  
Aunque sí te ve mi alma.



Ayer fué día de fiesta,  
Y anoche me fuí á la cama  
Temprano, que el que bien ama,  
Solo, con el sol se acuesta.

Y de tanto dormir, harto,  
Al alba me he levantado  
Y á la oficina he llegado  
Antes de las seis y cuarto.

Te digo, en fin, lo que siento,  
Y es que, despierto ó dormido,  
Pienso en tí, que no te olvido,  
Que eres tú mi pensamiento.

Doy fin! Adiós! Que mejores!  
Poner punto es necesario,  
Que no me dan un salario  
Para que te escriba amores.

J. J. BRECA.

## EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Diariamente iba á coser á las casas de las gentes ricas de Paimpol, y regresaba por la noche á Ploubazlanec, sin que nadie se atreviera á molestarla en el camino con galanteos: no había perdido por entero su altivez, y las gentes continuaban considerándola con el respeto y la cortesía de antes.

Cada vez que atravesaba la ruta que de Paimpol conducía á su aldea, pensaba con cierta satisfacción en que Juan se encontraba pescando en Islandia: allí, al menos, sabía que el mar los guardaba en su profunda clausura, y que no podía pertenecer á mujer alguna.....Verdad era que estaba próxima la época de su regreso; pero ahora pensaba en ese acontecimiento con más calma que antes. Comprendía, por instinto, que su pobreza actual no sería un motivo para verse más desdenada, porque Juan era un joven que no se parecía á los demás. Y luego, había la circunstancia de la muerte del pobre Silvestre, con cuyo motivo era fácil de preveer que Juan, á su llegada de Islandia, no podía dejar de ir á hacer su visita de pésame á la abuela de su cariñoso amigo. Gaud había decidido *in pectore* hallarse presente á aquella visita, lo que no le parecía en modo alguno una falta de dignidad: proponíase hablarle con la mayor naturalidad, como si nada absolutamente hubiera pasado entre ambos, y ¿quien sabe? no sería imposible que él llegara á otorgarle una afección de hermana, ahora que se hallaba tan sola en el mundo.

¿Qué impresión experimentaría Juan, que la había conocido rica, al volverla á encontrar ahora en una pobre cabaña ruinosa?

Ya era de noche cuando llegaba á su humilde morada, casi escondida bajo el espeso techo de paja ennegrecido por la intemperie, que parecía el lomo de alguna enorme bestia. Las paredes tenían el color sombrío y la rudeza de las rocas, y en sus intersticios crecían musgos y coquearías.

En la gran chimenea ardían ramas olorosas de pino, que la anciana Ivona iba recogiendo en sus largos paseos á través de los caminos solitarios: á aquella hora, la pobre vieja estaba siempre acurrucada en la chimenea, cuidando de la cena. Cuando sentía entrar á Gaud, la miraba con sus ojos, pardos y vivos antes, ahora turbios y extraviados, y le dirigía estas frases, siempre las mismas:

—¡Dios mío, mi querida niña, qué tarde vuelves esta noche!

—Os equivocáis, abuelita—respondía dulcemente Gaud, que ya estaba acostumbrada á los desvaríos de la anciana; —es la misma hora que todos los días.

—¡Válgame Dios! A mí me había parecido que era más tarde.

Luego, cenaban en su antigua mesa de roble, desgastada por los continuos fregados.

Uno de los lados de la cabaña estaba ocupado por inmensos armarios, groseramente esculpidos, que al abrirse, daban acceso á unas especies de camarotes de barco, sucesivamente habitados por muchas generaciones de pescadores, que en ellos habían nacido y habían muerto, cuando el mar de Islandia no los había tragado en sus abismos.

De las negras vigas del techo veíanse colgados antiquísimos utensilios de cocina, paquetes de hierbas, tocino ahumado y viejas redes que dormían

allí desde el naufragio de los últimos Moan. La cama de Gaud, instalada en un ángulo de la habitación, con sus cortinas de muselina blanca, hacía el efecto de una cosa elegante y fresca, en aquel conjunto de cosas viejas y carcomidas.

Las noches de verano se acostaban muy temprano para economizar luz, y si el tiempo estaba bueno, se sentaban un rato en el banco de piedra que había junto á la puerta, allí se entretenían en mirar los transeúntes que pasaban por el camino.

En seguida, la vieja Ivona se acostaba en uno de aquellos camarotes antes descritos, y Gaud ocupaba su bonita cama de señorita. Se dormía pronto, como una persona que ha trabajado y andado mucho durante el día, no sin pensar antes un poco en que no debían tardar en estar de vuelta los islandeses; pero sin que jamás cruzara por su mente una idea que no fuera digna de una joven honesta y recatada.

\*\*\*

Pero un día, habiendo oído decir en Paimpol que acababa de llegar la *María*, se sintió acometida de una especie de fiebre. Toda su calma de antes la abandonó de pronto, y no pensó más que en concluir pronto su obra de costura para ponerse en camino de Ploubazlanec más temprano que de costumbre.

No la engañó su presentimiento: cuando ella marchaba con paso apresurado, con dirección á la aldea, divisó de lejos á Juan, que venía camino de Paimpol.

Gaud, ante aquel encuentro súbito que no había previsto, sintió que las piernas se le doblaban, al extremo de temer si tendría que pasar por la vergüenza de que la viera caer al suelo. Y luego creía que estaba mal peinada; que todo su tocado revelaba el sofocón que había tomado por acabar pronto su costura. Hubiera dado cualquier cosa por poderse esconder detrás de los juncos. Por su parte, él también había hecho un movimiento como para volverse atrás: pero era ya demasiado tarde, y hubieron forzosamente de cruzarse al atravesar el estrecho sendero.

Él, para dejarla más franco el paso, se arrió al vallado, mirándola de una manera furtiva y salvaje. Gaud levantó también los ojos, y durante medio segundo lo cubrió con otra mirada que, á pesar suyo, expresaba la angustia. Y en aquel involuntario cruzamiento de miradas rápido como el relámpago, las pupilas de Juan parecieron ensancharse, iluminarse con la llama de un pensamiento, mientras su rostro se teñía hasta las sienes de un vivo color rosado.

—Buenos días, señorita Gaud—dijo Juan llevándose la mano á la gorra.

—Buenos días, señor Juan—contestó ella.

Y todo se redujo á aquel cambio de saludos. Cada cual continuó su camino, ella temblando un poco, pero sintiendo, á medida que se alejaba, que la sangre recobraba su curso normal y le volvían las fuerzas.

Cuando llegó á su casa, encontró á la vieja Moan acurrucada en un rincón, llorando, toda despeinada y hecha una lástima.

—¡Ah, mi buena Gaud! me he encontrado al chico de Gaos del lado de Plouherzel, cuando yo volvía de recoger una poquita de leña: ya te figurarás que hemos hablado del pobre Silvestre. Ya había venido esta mañana á verme, en cuanto saltaron en tierra, pero yo no estaba en casa. ¡Pobre muchacho! también él llora mucho. Se ha empeñado en acompañarme hasta la puerta, mi buena Gaud, para traerme mi haccito de leña.

Margarita oía esta relación de pie, y á cada palabra de la vieja sentía que se le oprimía más el corazón. Es decir, que la visita de Juan, en la que había fundado tantas esperanzas y que había pensado aprovechar para decirle tantas cosas, estaba ya hecha, sin duda para no renovarse nunca. No tenía ya nada que esperar.....

Entonces la cabaña le pareció más desolada, la miseria más dura, el mundo más vacío, y bajó la cabeza agobiada bajo el peso de las vicisitudes, con un deseo de encontrar la redención en la muerte.

Vino el invierno poco á poco, extendiéndose como una mortaja que se dejase caer con gran lentitud desde lo alto. A los días grises sucedieron otros más tristes todavía, sin que Juan volviese á aparecer por la cabaña. Las dos mujeres vivían bien abandonadas.

Con el frío, su existencia era más corta y más dura.

Y luego, la vieja Ivona se iba haciendo difícil de cuidar. Tenía la cabeza perdida; se incomodaba de cualquier cosa, y prorrumpía en injurias é impertinencias. Aquello le daba una ó dos veces por semana, á propósito de cualquier tontera, como á los chiquillos.

¡Pobre vieja! Era todavía tan buena y tan cariñosa en sus días de lucidez de espíritu, que Gaud no cesaba de respetarla y de quererla. Pero cuando estaba de malas se hacía insoportable: hasta se ponía á cantar canciones obscenas, ella, que siempre había sido pura en hablar, como en todo.

Un día, su chochez llegó al extremo de perder el recuerdo de su nieto.

—¿Silvestre? ¿Silvestre?... ¡ah! ya comprendes, mi buena Gaud: he tenido cuando era joven tantos hijos y tantos nietos... ¡vaya que no me acuerdo!

Y al otro día se acordaba perfectamente de todo el mundo, y contaba mil conversaciones, mil incidentes, hasta que concluía por echarse á llorar sin consuelo.

¡Oh, qué largas, qué duras eran aquellas noches de invierno cuando no tenían leña para encender la chimenea! ¡Qué triste trabajar con tanto frío, dar puntadas menudas para ganar la vida, tener que concluir antes de acostarse la obra de costura traída cada noche de Paimpol, para comer al día siguiente!

La vieja Ivona se quejaba de que no le daban conversación.

—¿No me dices nada, mi buena Gaud? ¿Por qué? En mi tiempo conocí muchas jóvenes de tu edad que no sabían estar calladas. Me parece que no estaríamos tan tristes si tú quisieras hablarme un poco.

Entonces Gaud se ponía á referir las noticias de cualquier clase que había oído en la ciudad, ó decía los nombres de las gentes á quienes había encontrado en el camino, ó hablaba de cosas que le eran del todo indiferentes, hasta que la anciana se dormía.

Nada viviente, nada joven en torno de ella, cuya fresca juventud llamaba á la vida. Su belleza iba á consumirse, solitaria y estéril.

El viento del mar agitaba la llama de su lámpara, y el ruido de las olas se escuchaba en la cabaña como á bordo de un buque. En la mente de Gaud mezclábase á aquel rumor siniestro el recuerdo de Juan, en quien pensaba con angustia en las noches de borrasca, cuando los elementos desencadenados brainaban en las tinieblas del exterior.

Y luego, sola, siempre sola con aquella pobre anciana que dormía, sentía miedo algunas veces y miraba con pavor á los rincones oscuros, pensando en los marineros que habían dormido largos años en los camarotes á manera de armarios, y perecido en noches lóbregas y tormentosas como aquella. Veníanle á la imaginación narraciones de fantasmas y almas aparecidas, sintiéndose poco protegida contra la visita de aquellos muertos, por la presencia de una vieja que casi ya no pertenecía al mundo de los vivos.

La lluvia caía sin intermisión con un ruido incesante de fuente. El vetusto techo de paja y musgo tenía goteras que se filtraban, siempre en los mismos sitios, infatigables, monótonas, constantemente con el mismo gotear triste, formando charquitos en el suelo de la cabaña, que era de rocas y tierra apisonada con arena y despojos de mariscos.

Sobre todo, las noches de los domingos eran las más tristes para Gaud, á causa de cierta alegría y esparcimiento que reinaban fuera de la casa de las dos pobres mujeres; noches de regocijo en aquellas humildes chozas perdidas en la costa, de muchas de las cuales se oían salir cánticos pesados de marineros borrachos. En el interior veíanse mesas alineadas para los bebedores, marineros escándalosos al calor de la llama, viejos devotos del aguardiente, jóvenes cortejando á las muchachas; todos cantando para aturdirse. Y cerca de ellos el mar, su tumba de mañana, cantaba también llenando la obscuridad con su voz inmensa.....

Continuad



# ÉLÉGIE

English version by

CHARLOTTE H. COURSEN

J. MASSENET

SOPRANO

*Triste et très lent.*

*très expressif avec accablement*

VOICE.

PIANO.

Ô — doux prii.  
O — spring of

*rit.*

*pp*

*mf expressif et soutenu.*

temps d'au-tre-fois,  
days long a-go

Ver - tes saisons,  
Blooming and bright,

Vous a - vez fui pour tou - jours! Je ne vois  
Far have you fluttered a - way! No more the

*espress. imitez le chant.*

plus le ciel bleu;  
skies a - zure light,

Je n'entends plus  
Car - ol - ling birds

les chants joyeux des oi - seaux!  
Wa - ken and glis - ten for me!

En em - por  
Bear - ing all

*cresc.*



*cresc.*

tant mon bonheur, O bien-ai-mé, tu t'en es al-lé! Et c'est en  
 joy from my heart, Lored one, how far from my life hast thou flown! I ain - ly to

*cresc.*

*dim. p a tempo. mf*

vain que revient le prin-temps! Oui, sans re-tour, a-ver toi le gai soleil,  
 me does the springtime re-turn! It brings thee nev-er a-gain Dark is the sun!

*dim. p f mf*

*p ff mf dim. p*

Les jours rians sont par-tis! Comme en mon cœur tout est sombre et gla-cé! Tout est flé-  
 Dead are the days of de-light! Cold is my heart and as dark as the grate! Life is in

*p ff p dim.*

*pp a tempo. Allargando. p*

tri! Pour ton-jours!  
 rain! Eo-er-more!

*Allargando. cresc. ff*